Poemas y transgénicos

Luis Muñiz M.

Presentado por

Poemas del Alma

índice

La cita

¡Y qué día más bello hace hoy! (El accidente)

Rock around the clock

Gatos jugando sobre la alfombra

De rosas, jardines y otros abonos poéticos

Stargate en el hipermercado

El hombre del calcetín rojo

Seis coches y 19 ITVs después

Yo ñu

Nosotros (los del 21)

El foro de poesía

Amigo Leonard

Forrest Gump y los regalos incómodos

La odisea del viejo Gulliver

El loco

Yo y el mundo de al lado

La indigesta macedonia de la felicidad

Algo sobre mis ángeles y yo

El hombre del edificio de la avenida

Lecciones de vida

Antártida

Campeona

El juego

50

De jóvenes

Encuentros en la quinta fase

Y al final tenían razón

De transcendencias y paraísos

Mis queridos poetas

El jodido color de la luna

De poesía, ridículos y areneros de gato

Confinamiento

Invasión

Conductores

Los ocasos rosas de Malasaña

La industria

Arde la Red (o el malware todopoderoso)

¡Dios!

Yo Tarzán poeta, tú Lolita Jane

Tu mejor amigo

Por ti (por vosotras)

Donec mors nos separaverit

Rock en Samil

Buitres en mi jardín

Avenida del Manzanares

Calle Orense

El día X

Los niños que no usaban cuentos

Par de dos

De listos e idiotas

El ladrido mudo de Einstein

Domingo de toros

Uno de piratas

De gorriones, tocino y la velocidad de la luz

Después

La felicidad, Alexandra y aquel viejo tema de los Queen

Primavera del 2025 dc.

El último cigarro

El orangután

La calle 15

El vigilante

Veneno

Fin de semana

El hombre indiscernible

La vieja embajada

La cita

Por fin,
en uno de esos paréntesis que brinda el lado oscuro:
¡tú y yo!

Descorché una botella del mejor lambrusco del Carrefour
y nos tiramos soles, playas increíbles y burbujas a la cabeza.

Intercambiamos risas, quizases,
demonios light y algunos verbos intransitivos.
Chorreamos flores boomerang
y radiaciones gran reserva.

Insultamos ritualmente y arrojamos
al fuego de la chimenea Marys Poppins frígidas,
inconveniencias y Robins Hood de mentira.

Surfeamos sobre el sofá mientras jugaban
en el bendito parket del salón los perros
y en el aire unos cuantos *yo también, te lo juro*.

Adivinamos la ecuación del presente
y de todos los presentes. Con premeditación
y alevosía pusimos silenciador a los móviles
y a los huracanes de afuera.

Pero luego yo quería más, tú querías más.

De repente entraron por la puerta tu divorcio,
mi ex, un par de críos berreando por un sándwich
de nocilla, tu padre, mi madre, tu mejor amiga,
un repartidor de pasado, la casilla para ONGs
en la declaración de Hacienda, alguna vieja noche
del fin del mundo, tu talla de sujetador, la poli, Freud

Eolo y hasta el atractivo cura de aquel insti pijo
tuyo a dos manzanas del Santiago Bernabéu...

Barrí (me ayudaste) las estrellas desparramadas por el suelo.

Arreglamos la mirada y el pulso.
Suspiramos brevemente
y nos dimos un tierno beso de despedida.

¡Y qué día más bello hace hoy! (El accidente)

Treinta

y ocho meses solo más de hipoteca
y el euribor en máximos.
Quiera dios que no suba aún. Marta:
siete coma cinco en selectividad. Juan:
en plena contraofensiva
y sin hacer prisioneros
contra el vil acné.

¿Híbrido o eléctrico?, ¿plata o azul?.
El jardín sigue sin desbrozar.
Y el perro descubrió la artrosis.
El nuevo jefe parece buen tipo
(ojalá el tuyo le llegara a la suela)
¡Este año por fin! ... de cuatro estrellas,
desayuno incluido. Playas blancas
y se habla español.

-Que sí, Amor: te juro que me gusta el nuevo gres del baño-

En dos años la higuera dará higos
(y parece que el Ártico se va a tomar por culo...)
Han abierto un nuevo McDonalds en el polígono.
La revisión a últimos de noviembre:
Recuerda que el abuelo murió de cáncer
de colon a los cincuenta
(y tu madre dice que últimamente habla
con él todas las noches)

-Tienes razón, Cielo:
Todavía no se sabe qué es la materia oscura del universo
(... vaya, ni idea que te interesara la astronomía)

¡De dónde coño sale ese! (o quizás no lo vi)
El seguro lo cubre todo.
¿Y ahora qué será de vosotros?
La vida continúa. Y yo no...
pero siempre... Si hubiera sabido
entonces que...
Os quiero
tanto, tanto...

-Anda, cariño,
deja anidar a las golondrinas en el garaje
la próxima primavera, ¡pobrecillas!
(además dicen que traen suerte)

Y jóder, ¡qué día más bello hace hoy!

Rock around the clock

Ahí van, solos, únicos,
pasados de transaminasas, divorciados de cuentos
y princesas o príncipes cegatos a los escombros
de sus galones y encantos.

Ahí van los honrados perdedores
con los *flaps* gastados y sus canas por bandera,
con el suero de sus poemas mediocres,
con las cuentas siempre en el alambre.

Recorriendo los reinos paliativos de la visa,
escrutando las ofertas del mes,
las novedades que confunden al ocaso
de sus ayer explosivas existencias
y colorean por un rato el stock de sombras.

Dignos perdedores que se resisten como tigres
siberianos a tirar la toalla (¡eso nunca!)

Ritualmente se iluminan como soles
con las lunas de neón esas noches muy jodidas
y empatizan con algún felino sintecho
al mirarse a los ojos -un respeto cariñoso
y mutuo adquirido entre viejos perdedores-

Doctorados en la escabrosa ciencia
de la supervivencia social, houdinis
del disimulo y los silencios amaestrados.

Soportan estoicos las fiestas de sus jóvenes vecinos
del piso de arriba los sábados sin fin.

Ellos, solos, a punto de la siguiente derrota,

a un paso de la mutación inevitable
en ser leve, ingrávido a los terremotos
e incendios transformadores del mundo,

cuando en el ascensor se cruzan con su vecina
embarazada del piso de arriba, esa chica de 32
con el brillo de la vida en *16K*,
le dicen buenas tardes y le sonríen, le sonríen
de verdad, se alegran de su felicidad, de su juventud,
de toda la juventud y felicidad de la galaxia;

le sonríen explayando sus corazones
de poeta mediocre, de honorable perdedor,

y evitan comentar sobre lo conveniente
y ante todo gratificante
de revisar su gusto musical,
-y es que, qué coño vale la vida
sin que unas buenas guitarras eléctricas
te hayan desvirgado el alma, la sangre,
al menos una vez, al menos una -

Gatos jugando sobre la alfombra

Juegan dos gatos sobre la alfombra,
ya ajenos a la ausencia de su otro hermano
(Blanquito, el más cariñoso, nació con la noche
acariciando a pisotones su pequeña vida)

El sol ágil y poderoso de octubre
amenaza con explotar las ventanas
y la puerta entreabierta.

El plasma con *netflix* sobre el mueble de cristal
me cuenta las novedades destacadas de mi mundo en *HI-FI*
& on line.

Factores combinados del momento me traen a la memoria a aquella chica
-a aquella atractiva y dulce chica amante de los gatos-

porque para ser sinceros hubo más de una chica amante de los gatos.

Y es que en el mundo han existido tantas chicas
amantes de los gatos y tantos Luises
como para, poniéndolos tumbados y cogidos
entre ellos de los tobillos, hacer un puente hasta la luna;
tantas chicas (amantes de los gatos) y tantos Luises
como pepitas de oro en cualquier río virgen
antes de la Conquista del *Far West*,
y más que bisontes abatidos en dicha época por mera diversión,
por colonos de bajo coeficiente sensible e intelectual
(la gran mayoría)

Y no es por nada, pero que se jodan los colonos.

Ellos no están ahora aquí, en este instante,
disfrutando de una cerveza fría como las noches boreales de Noruega,

viendo a dos gatitos supervivientes
peleándose de broma sobre mi alfombra
y frente a una tele cojonuda
al alcance del 29% de habitantes de este planeta.

Tampoco follaron con ninguna chica amante de los gatos
entre burbujas y profiteroles, mientras sonaban los *Queen*
en la minicadena de aquel chalecito sin sombras
ni crudas aritméticas en futuro de la sierra.
Y por supuesto jamás imaginaron que poco más de un siglo después
los asesinos en serie de bisontes americanos se enfrentarían
a multas de miles de dólares, incluso a penas de cárcel.

Lo dicho: el sol sigue empujando la puerta,
los gatos se cansaron de la alfombra,
hace mil años que no sé nada de aquella chica,
y (por dar un final algo lírico a este extraño poema)
una masa nunca vista de nubes negras asoma hoy
como el mismísimo infierno,
como una estampida de mil bisontes fantasma

acercándose por el maldito horizonte.

De rosas, jardines y otros abonos poéticos

Aquel lunes de finales de mayo
el sustituto de Dios, Bukowsky,
me enviaba su musa, entre burbujas mareantes,
con ese look entre Campanilla
y la azafata de *la Ruleta de la Fortuna*.
Los gatos del barrio confluían en su histérico maullar
a la hora en que la luna se quita
su lencería de nubes y nos diluye
los restos de calenturas de su primo el sol.
Extraterrestres, fantasmas y voces
sin identificar me disparaban relámpagos,
fórmulas indemostrables y otras
teorías sobre la existencia
en forma de versos a medio hervir.
¡Yo no soy tan poeta!, les decía.
Mejor enviadme un millón de euros.
Pero no. ... Sucedía que los sueños se escapaban
del sitio de los sueños;
aviones llenos de incoherencias, gurús
cuánticos, interrogantes, modelos de *Victoria's Secret*,
duendes y tipos raros aterrizaban en el jardín.
Y yo, juro, no sabía cómo dotar de lirismo
o belleza a tal tsunami
de extraños y caóticos elementos.
Me quejaba, me indignaba e insistía
(y es que ni el mismísimo Baudelaire
en pleno viaje psicotrópico
haría algo decente con ello)
¡Qué van a pensar de mí mis lectores!
¿... y mis colegas del bar, y mi madre?
Entonces, de repente, Bart, mi querido can
-poeta realista donde los haya-
dio su opinión con un tajante ladrido

traducido como:

Abre la nevera, coge una cerveza y escribe
unos versos de los tuyos a esa triste rosa
que por alguna misteriosa razón
ha salido en el jardín.
Será otra mierda de poema más, pero...
¿qué cosa es la vida sino un jardín
donde alguna vez surge una rosa especial
gracias a los cadáveres y a las cagadas
de otras rosas y tanto diosecillo suelto?

Stargate en el hipermercado

De pronto la ves,
en ese pasillo,
entre la sección de productos de limpieza
y la de comida para mascotas.
No estás del todo seguro,
quizás ella tampoco.
Te cuesta recordar su nombre.

Su lugar en tu cerebro: *un aula casi vacía,*
el sol de mediodía mordiendo las ventanas,
y como patética excusa unos supuestos
apuntes olvidados en una carpeta
en un supuesto rincón de un pupitre.

Lo siguiente una falsa improvisación
en forma de invitación para echar
un partido de tenis
(su chándal te dio la pista)
Luego unas cervezas pospartido
y un largo beso en la prórroga
bajo el marcador siempre amañado
en aquellos días de la luna.

Se acerca a ti y entabláis conversación.
Dos vidas en diez minutos. Su historia:
dos adolescentes con su mismo color de ojos
y la misma nariz, un *boomer* amante del golf,
una nómina amable, algún roto incosible
y un par de arrugas delatoras.

La tuya: cuatro verdades a medias,
varias sonrisas irónicas disparadas al techo,
stock de airadas cicatrices

más un cuadro de amnesias bajo llave
y con colmillos.

Tu memoria empieza a funcionar a destajo,
esos hoyuelos al sonreír, ese gesto...
Y comprendes por qué
aquella excusa en aquel aula.
Pero da igual,
no es la primera vez que te ocurre
(seguro que tampoco la suya)

Y es que a veces la vida
-cabrona como ella sola-
en pleno centro comercial
te lleva a la sección de hipotéticas existencias
u otras dimensiones.

Y entonces en esos momentos
solo te salvan una de esas oxigenantes
risas de entreacto,
uno de esos silencios establecidos
con la mirada (siempre de mutuo acuerdo)
o una llamada (siempre más que oportuna)
en el insensible móvil

japonés de última generación.

El hombre del calcetín rojo

Ahí yacían, ... sobre la acera,
coprotagonistas del improvisado plató:
el pequeño charco de sangre,
el horror, la sospecha y el silencio
-ese silencio que aturde-
junto al malherido níquel de unas llaves
y cuatro o cinco monedas a juego.
Y por encima de todo, el escalofrío
que deroga los estómagos.

Olía la calle como a sueños sin usar,
a primavera, a sábado de feria,
a día de circo.

Sensuales maniquíes, azules imposibles
y olas paradisiacas clonados en pantallas *4K*.
Milagros tecnológicos a plazos
para estrenar tras los cristales
también intervenían en la escena
(dentro de sus limitadas posibilidades)

La policía repartía órdenes
y *oxazepam* los psicólogos.
Rebajas y cláxones aguardaban mudos
el desenlace de lo ya finiquitado.

Abrazos, lágrimas, miradas cruzadas
como abrazos.
Hasta el humo de los coches
destilaba ahora humanidad.

Todo era uno: la tibia tristeza
que aprieta e iguala a los distintos,

el asombro, el pulso de los transeúntes,
el rictus nervioso en sus rostros.

Y también el perro pekinés con jersey de lana,
el culo perfecto de la rubia del cuarto,
la insolente barriga del portero
o la tienda de apuestas, inauditamente vacía,
(incluso las entumecidas funcionarias
de aquella sede pública
a la vuelta del Centro comercial)

Esa incipiente llovizna,
la boca del metro masticando el tráfico de preguntas,
el éter gran angular de los edificios centenarios,
el sol amargo y feliz de la cerveza,
las palomas municipales bañadas
en luz neón y la nube de teléfonos móviles...

Todo, todos y todo junto eran uno
y tan poco, por aquellos largos minutos,
ante ese cuerpo roto al que le faltaba un zapato
-de aquel hombre del calcetín rojo-

frente al supremo espectáculo,
al arte inescrutable y transgresor
de la muerte en vivo y en abierto.

Seis coches y 19 ITVs después

De aquellos años recuerdo
las gaviotas y los helicópteros invisibles
volando entre nuestras cabezas,
la extensa red de autopistas al infierno,
un ángel con medio tupé y chaqueta de cuero (de copiloto)
y alguna que otra princesa embarazada
expulsada del paraíso.

También recuerdo el generoso silencio de los muertos de entonces,
la lava y su incipiente ceniza
enquistando en mis cortas venas de plata
y piel de algodón. Tsunamis de espuma
salpicados con brillo de labios
-y su solfeo ensordecedor- en las tardes
y cervecerías del distrito de *Moncloa*.

Seis coches y 19 ITVs después.
Cien lunas rotas en los arcenes
de alguna dimensión perdida
junto a mil doscientos gramos de poemas
con olor a rueda quemada.
Resulta que ya sé rendirme sin dolor
antes de volcar definitivamente el mundo sobre el éter
de la frígida y suprema desilusión;

y resulta también
que al fin he aprendido a querer sin aritméticas,
a contraviento y bajo un ejército de pararrayos.
Que ahora estoy en pleno curso de vuelo
sin plan de vuelo y con las alas gastadas.
Aunque por razón de impudorosa rebeldía
(o mera supervivencia de ese último mohicano
que habitó mi antiguo continente Orgullo)

todavía dudo del modo ideal de aterrizaje.

Y añadiría además
que ya casi sé volverme eclipse
sin deslumbrantes apagones de medianoche
ni sobredosis de antiácidos.
Que descubrí que hay vida (aunque mucho más aburrida)
después del planeta Juventud.

... Que aquella carretera interminable,
sin radares, peajes ni apenas gasolineras,
con su heterogéneo paisaje
y sus fantasmales pueblos atravesados cada puñado de kilómetros,
tenía un final tan cristalino
que quejarse ahora
solo sería un imperdonable ejercicio de hipocresía
y autoengaño.

Y que no, compañero,
que nunca llegamos al horizonte
soñado,
(si acaso, brillamos en algunos tramos del viaje)
¡nada más ni nada menos!

Yo ñu

Enrojece el sol al caer en la sabana.

Soy un ñu herido.

A mi izquierda dos leonas hambrientas.

Alzo mis cuernos,
(mero farol de quien se sabe sin opciones)

Tras las leonas, una manada de hienas
ríen, como cuadrúpedas pitonisas,
adivinando su favorable e inminente futuro.

Un leopardo me mira también con ojos de hambre,
(sabe que él no será el beneficiario,
hoy, de mi sabrosa carne)

Es una putada; yo, que no me meto con nadie,
que solo soy un entrañable vegano...
La vida es injusta.

A todo esto varias decenas de buitres
sobrevuelan felices esperando las sobras,
mis sobras.

Se me acerca una leona, que parece
no tener respeto alguno
por mis cuernos amenazantes.

Como soy un simple ñu ni siquiera sé rezar,
mas moriré luchando.
Embisto al gran felino,
pero tropiezo por culpa de mi pata rota.

Me aprieta el cuello con sus colmillos,
me ahogo.

Espero que el desenlace sea rápido.

Y es que, qué más da quien te coma,
pero puestos a elegir
que sea el que mejor mate.

Se me nubla la vista y no puedo respirar.

Entonces veo una luz deslumbrante a lo lejos,
y abajo las dos leonas devorando
mi antes bello y poderoso cuerpo.
Me rodean mis abuelos ñus,
y aparece un tipo raro con barbas blancas.

De repente el tipo raro mira su ordenador,
y me dice que como he sido un buen ñu
me permite elegir qué ser en mi siguiente vida.

Valoro la opción de ser elefante,
pero la descarto, pues son muy gordos y lentos,
y además he oído que les arrancan los colmillos
o los encierran en circos de países con leyes cutres.

También se me pasa por la cabeza
ser león, leopardo o hiena;

lo vuelvo a desestimar,
pues tengo principios (de herbívoro)
y no me atrae tener que joder
a los demás para subsistir.

Tengo muchas dudas, y le pregunto
al tipo con barbas:

¿y tú qué coño eres?

Me dice:
Yo soy Dios, pero olvida lo que estás pensando.
Aunque lo más parecido a mí es el hombre.

¿Y hay hombres que corran mucho
y no se coman a sus vecinos?,
-le pregunto-

Sí, los hay,
(me contesta),
... pero la mayoría se comen hasta entre ellos
sin necesidad de usar los dientes.

¿Pues entonces qué cojones puedo ser?
(digo para mí)

Si me aceptas un consejo,
(me vuelve a decir el tipo con barbas)
despiértate y ve a mear,
que la vejiga llena al dormir causa pesadillas,

y de paso deja de ver tantos documentales
sobre el Serengueti.

Entonces desperté.
Había una preciosidad junto a mí
en el lado derecho de la cama;

lo vi claro,
me sequé el sudor de la frente,
puse un cd de los *Iron Maiden*,
me relamí
y eché el polvo de mi vida.

Nosotros (los del 21)

Nosotros...

los que no tuvimos que elegir
entre cargar la cruz de ningún revolucionario hippie
o contar treinta monedas
sobre la palma de la mano.

Nosotros, que nunca aplastamos el paraíso
de los adoradores de las estrellas
ni fuimos vendidos como bueyes
en un mercado de La Habana,

que jamás prendimos chasca bajo los pies de nadie
ni fornicamos en los crepúsculos
del bosque de Woodhead con bruja alguna.

Nosotros,
que no teñimos con nuestra joven sangre
el infame barro francés,
que no arrojamos manzanas sobre el espectral gueto de Varsovia
ni incineramos a ningún viejo sol naciente;
que tampoco fuimos condecorados con las alas doradas
ni rociamos de lluvia homicida ninguna bucólica aldea
entre los verdes arrozales del alto Vietnam.

Nosotros, que nunca inmortalizamos
la barba de W. Whitman,
que no defendimos hasta el final democracias
en ningún palacio del pueblo
ni vaciamos el cargador sobre el pecho
de ningún rockero pacifista
en ningún mítico hotel de New York...

Nosotros,
que tampoco saltamos desde ninguna torre en llamas,
ni morimos macheteados en las selvas
de cualquier infierno del tercer mundo.

Nosotros: los del corazón impuntual
y el puño grapado a los bolsillos,
los que no viviremos 120 años ni estrenaremos
ático en ninguna luna de Júpiter.

Los que no cerraremos el último matadero
ni amaremos a ningún ser ideal
con sexo multiopción
y batería de grafeno autorrecargable.

Nosotros, elementos sin gloria ni pena,
polizones en los idus de la Historia,
espectadores de media fila,
(o protagonistas de una aburrida película
de cine independiente polaco)

Los que hoy guardamos pedazos de Itaca
en un pendrive y adelantamos espíritus
sin expresión a golpe de semáforo.

Nacidos de la cesárea de un escaparate
con doble espejo en el alba del gran nanocíclope hermano,
timoneando en la constelación del todo o nada.
Nosotros,
latiendo entre la fe cuántica y las habas del olvido:
Becarios de nueve a seis
en la caníbal industria de la ilusión *Ltd*.

Nosotros, que bailamos nuestra calavera
sobre el psicotrópico cáliz de la eternidad
y empañamos el techo

cuando la noche nos muerde con saña el pulso;

que despertamos en los cuartos
de un imperturbable reloj de arena
con la almohada sudada,

nos refrescamos en las analgésicas ubres
de un dragón de dos cabezas
a medio desempaquetar,
y retomamos el sueño hasta la siguiente pregunta
como si tal cosa.

El foro de poesía

Volé a Japón
con los ahorros de dos años y medio.

Japón es un país muy especial.
Tokio nunca se acaba.
La gente come y duerme
ida y vuelta del trabajo
en los vagones de los trenes bala
y en sus estaciones.

Su juventud me recordó
a los de nuestra Movida madrileña
Pelos de colores, rebeldes, frikis,
indumentarias estrafalarias.
Adolescentes noctívagos
vomitando en los autobuses.

Sonríen todo el rato.
Los mayores son muy majetes
y te saludan inclinando la cabeza
constantemente.
Las mujeres son tímidas (aunque no todas)
y algunas andan un poco raro
con esos zapatitos tan incómodos
y originales.

La policía es bastante cabrona.
El sashimi está muy rico.
Los templos te transportan a otros mundos
espirituales.
Casi nadie habla inglés.
Les puede el porno morboso del cómic
manga y las nuevas tecnologías.

Hay cuervos gigantes que cuidan tumbas.
Ballenas y delfines tiemblan
cuando se acercan a sus costas.
Todo sucede a mucha velocidad
o el tiempo se detiene.
Es muy caro. Nadie te roba.
Increíbles paisajes naturales.
Hay geisas y la Yakuza,

y lo mejor de todo:

sus poetas
no te incitan a hacerte el harakiri
bombardeándote con cascadas
y cascadas de otoñales,
paseriformes y jodidos haikus
a todas horas, día tras día.

Amigo Leonard

Sí, amigo Leonard, no te enfades,
en realidad te utilizamos vilmente.
Ni siquiera nos gustaba demasiado tu música
(éramos más de Mercury y luego de Strummer)
Aunque sí, no lo niego, nos eras útil
para resquebrajar los diques delgados
y suicidas de las chicas en esa edad que a las chicas
se les comienzan a desbordar
los ríos de verano, como los nuestros
-igual de insistentes y furiosos que los suyos-
Sí, Leonard, solo eras una herramienta más,
un destornillador que sacaba los tornillos
sin apretar de aquellos escudos invisibles
sobre su piel y sus muros de algodón ajustados.
Pero no, no te compares al vómito dulcemetálico
de esas guitarras insolentes
o a la arritmia que nos regalaban las salvajes baterías.
Tu voz, vale, tu voz era especial
(la aguja del tocadiscos nos abría e inoculaba
su droga de tristezas genómicas y futuras)
Y sí, también es cierto que se mezclaba
con el oro marchito de la coca-cola seca
y con el atlas de semen muerto,
más alguna lágrima de adorno
descuidada, sobre el viejo colchón común
de aquel piso encima de la carnicería.
Pero te repito, tampoco te las des de importante;
porque tú sabes que todo eso en el fondo
era mentira, que casi todo es mentira.
Entonces tú ya sabías que la juventud
es un tigre hambriento con el corazón de peluche,
y la poesía, la flor fugaz que destila la tormenta,

la jodida gravedad de cierta raza de inadaptados.
Y es que tú, tú y tu música
os quedasteis pegados a mí junto al humo
de esas paredes (hoy seguro repintadas
una docena de veces), y también la tela
de ese sofá y ese par de sillones cómplices
que acabaron sus días en cualquier basurero
que probablemente ya tampoco existe.
Y después, después vinieron otras notas,
otros pisos, otros muros, otros demonios...
Universos que surgían,
se expandían y chocaban entre sí,
incontables universos, que implosionaban
y luego se transformaban o se apagaban para siempre
(llevándonos a nosotros con ellos)
¿Recuerdas cuando nos crecían pantallas
con fondos de mar y colores imposibles
en la mirada, hasta que se fundía la última bombilla,
el último fusible de la luna de turno?
¡Qué puta broma debe ser la vejez, compañero!
Y hoy, con mis botellas de metáforas
resistiendo estoicas y en fila en la nevera,
y en pleno aperitivo de la derrota final,
debo reconocer que cuando un día
alguna emisora o la tele vierten tu canción,
tu voz, al aire,
jóder, se me congela y me arde a la vez
algún líquido desconocido que llevo en el cuerpo.
Pero ya te digo amigo, tampoco te lo creas,
que no eres el único; aunque eso sí,
no lo dudes, viejo cabronazo,
... tú, Leonard, eres uno de ellos.

Forrest Gump y los regalos incómodos

Como Tom Hanks en Forrest Gump
cuando al fin dejó de correr,
un día decides que ya está bien,
que ya no hay cuerpo ni alma
que soporte tanta carrera inútil,
como si el camino se volviera
de repente una jodida pared
vertical, como cien caimanes
mordiéndote los talones
o los callos afeando al mismísimo corazón
Como si ya no te quedara
un solo hueso por romperte
y aún no has llegado a ningún sitio
donde tumbarte bajo cualquier amable lluvia
primaveral y mirar la vida
como un cuadro que se pinta a sí mismo.
Recuerdas ayer cuando esprintabas
hasta la misma pechera de tu dios,
cuando bailabas en alucinados círculos
sobre el hígado enfermo del mundo,
y los semáforos en rojo, las calles prohibidas y las trampas
lubrificaban tus células de guepardo
o de joven tigre enjaulado.
Como cuando aterrizabas versos
tras aquellas memorables duchas de luna llena
o habitabas ese viejo piso
sin dirección, de interminable pasillo,
y sus infinitas habitaciones con el cartel
en sus puertas de no molestar;
pero a tu paso se abrían
y en cada habitación clavabas tu bandera
a la velocidad de los que no saben
retroceder ni conjugar las estancias.

Porque nunca supiste vivir sin correr
y sueñas que corres,
pero ya solo sueñas
porque el flato acuchilla el motor
gastado de antes
y los pulmones explotan.
Y es entonces cuando alguien te ofrece
te regala unas nuevas zapatillas
y te dice que hay que morir corriendo,
pero tú le dices que ya has muerto
demasiadas veces, que el problema
son el puto sobrepeso de tu alma y tus pies,
que es hora de dejarte volar por la gravedad del sol.
Y esa persona te dice que solo vuelan
los pájaros y los aviones,
que tú no eres un pájaro ni un avión
ni estás muerto aún,
que son zapatillas mágicas.
Suspiras y ríes, te vuelves y revuelves.
Pero aun así aceptas las dichosas zapatillas.
Y por un momento ya no te duele nada.
Reconoces que son hermosas.
Y aunque sabes que son de mentira
te las calzas una vez más
por ella, solamente por ella
(y a lo mejor también un poco por ti)

La odisea del viejo Gulliver

Resulta, amigo,
que un día de repente
te han crecido los enanos,
y también te ha crecido el coche,
la oficina,
las superficies comerciales,
la pantalla del televisor,
tu bola de cristal,
los terremotos a deshoras,
los fiordos del disco duro,
el botiquín de casa
y la casa entera.
Y ya no solo eso.
Y es que, a la vez, en un instante
(como visto y no visto)
te han encogido el chasis
y el motor de despegar,
el depósito de gasolina súper
y esa chistera sin fondo
de los sábados noche
-rotulados hoy de deja vu-
Ahora eres una hormiga escapada de la fila,
sola,
desubicada,
en un jardín rebosante de arduras jurásicas,
emoticonos hambrientos
y hormigueros de pago.
Un ratón desafiante y desafinado,
todo compungido
(y un poco cabreado)
con ataques de irracionalidad ratonil
y lleno de pulgas,
entre una manada de elefantes

que no existen (según tu psicólogo)
Y es que sin darte ni cuenta
también te han crecido la sombra,
los fantasmas insomnes
y las cicatrices de tus alienígenas
revueltas de campana.
Como a la par te encogieron
aquellas memorables uves en mayúscula
de tu indeformable
reino previscoelástico,
la despensa de munición
para las batallas perdidas,
los sueños despiertos en alguna parte
o aquellos trenes mágicos hacia ningún sitio.
... Y como siglos atrás
los jeans rotos,
Joan Manuel Serrat,
los Picapiedra,
el sex, drugs & rock&roll,
el Alquimista
y su puta madre.
Resulta que ahora eres
un triste y resabiado iceberg andante
con fiebres boreales y un titanic
clavado en la espalda.
Un gran iceberg menguante
escudriñando una paella multicolor
en el chiringuito de enfrente,
mientras el sol, las olas
y un grupo de jóvenes sirenas
con la brisa a favor
y el corazón de punta
relucen felices
acaparando la arena
a ritmo de rap,
y -sin casi mirarte-

te llaman de usted,
ponen las largas
y te piden paso.

El loco

Estaba loco,
completamente loco.

De currículum ex monaguillo
y ex barman de puticlub.
Un divorcio, una vieja amiga,
aquel mareado *Supertramp en París*;
el amor de un chucho-rotweiller cojo,
media cirrosis
y veinte arrugas de más.

Decía que todos hemos vendido
y matado a Jesús por lo menos una vez
en nuestra vida,
que él habría quitado la custodia
de su hijo a Dios
porque los padres no putean así a sus hijos,

que tácticamente fue un error
bajarle en ese momento a la Tierra,
pues las consecuencias posteriores
fueron más jodidas que si hubiera regalado
cien cabezas nucleares al puto César.

¡Vaya un loco!

¡Hasta llegó a decir que a veces Dios se comunicaba
con los hombres a ladridos!
y que los ángeles de hoy son antisistema, ciber-ninis
y drogadictos en potencia; que graffitean
las puertas de los baños del cielo con penes,
vaginas y versos infames
(y les sangran las alas al reunirse

en la entrada de los mataderos municipales)

Contaba que el infierno está lleno
de ministerios, banderas y excusas,
y aun con sus humos contaminantes y abandonados jardines
es la mejor universidad pública del universo
(y el demonio, un triste funcionario
con úlcera de estómago y eyaculación precoz)

Lógicamente recibió su castigo:

pues a falta de hoguera infernal,
una noche, cuando volvía a su casa
desde esa obra a la entrada del pueblo,
andando y por su arcén correspondiente,
le atropelló un conductor borracho,
a bordo de aquel viejo BMW
con los faros sucios y una luz rota.

Yo y el mundo de al lado

Mi perro,
(no me gusta utilizar ese pronombre)
ayer aprendió a preguntar
con los ojos por qué siempre enlazo su cuello
al salir a la calle.
Y yo le contesté:
eres un perro en un mundo de hombres,
es por tu bien.
A veces yo me pongo un collar de nubes:
un collar de nubes y una tormenta en los zapatos.
Y parezco joven, parezco ayer.
Hoy el mundo espera ansioso
el apocalipsis en pantalla plana.
Misiles de cabeza nuclear interceptados
por escudos antimisiles con cabezas nucleares
(la venganza de los dioses justos
aplastará a la hora de máxima audiencia
al comeperros norcoreano)
Llaman a la puerta:
Dos extraterrestres disfrazados de testigos de Jehová
me invitan a convertirme en el próximo Superman.
Al principio me hago el estrecho,
pero un brillo en los ojos -y en el blanco dentífrico
de mis colmillos- me delatan.

Hoy los grifos escupen trozos de mar,
mi ventana es una oxidada frontera de lunas
(demasiado tiempo sin congeniar con su luz).
Fabrico versos como poseso,
versos de navaja y cerveza,
versos de polvo radioactivo
y cielos rojo oscuro.
Sé que tú me esperas donde siempre

pero yo ya no pongo cara al siempre,
(tampoco a ti)
Voy a ser el mejor Superman de todos.
Ganaré de un superbostezo la madre de todas las guerras,
tocaré el rock&roll de los rock&roles;
mi perro nunca más llevará collar
y tú saldrás como por arte de magia
de debajo de la piel seca y arrugada
de alguno de mis versos terminales.
La cafetera llora de felicidad,
y mis alas (y mi sexo) comienzan a florecer
sobre el desierto que se alza como un rascacielos
de humo y desidia
entre el casco viejo de la ciudad.

La indigesta macedonia de la felicidad

En la peli de la noche los soldados de Alejandro Magno mueren por trigésima vez.
Abres otra cerveza y enciendes un cigarrillo
-es la penúltima y cándida forma de rebelarte contra la correcta
y adecuada imposición de tu mundo-

Adecuado, correcto..., son palabras que ya chirrían en tu mente,
terminología sagrada que te ha acompañado durante toda la vida.
Lo bueno es levantarte a esa hora en que hasta los gallos roncan.
Lo bueno es no tocar demasiado los huevos al prójimo.
Lo bueno es asegurar el futuro
-para que cuando te mueras dejes un montón de futuro a tus herederos
y todos digan lo gran tipo que eras-

Y no solo eso. Porque la virtud,
desde niños, sabemos que también tiene sus clases:
Notable es peor que sobresaliente
(porque si no sobresales solo serás un triste voyeur en el harén de los mejores)
Notable es más que un bien
(porque bien solo significa asomar la nariz del redil de los mediocres)
Bien es más que suficiente
(porque lo suficiente solo sirve para salir del paso)
Insuficiente es ser definitivamente inadecuado e inútil para el juego.

Y toda la vida queriendo hacer las cosas bien,
incluso mejor todavía, y sin saber cómo ni por qué.
¡Y que el amor es lo más importante del mundo!
Y tú siempre quisiste amar,
y además te ponen como un tigre las chicas de piernas largas,
pero a las chicas de piernas largas les ponían como tigresas los chicos que solo amaban sus piernas largas.

Lo segundo más importante del mundo es una casa en una parcela de 1000 m2.
¿Alguien sabe cuántas toneladas de felicidad caben en una parcela de 1000 m2?

Pero la felicidad necesita vallas altas con concertinas y espléndidos eucaliptus que te separen
y te protejan de la vista y los ruidos
no previstos de toda la molesta infelicidad del universo.

Porque la infelicidad es una enfermedad contagiosa
y el mundo corre el riesgo de convertirse en una gigantesca ciudad de putos zombies infelices.
Y quizás los gruesos y frondosos eucaliptus de una parcela de 1000 m2 los repelan.
Y también la visión de una piernas largas (a ser posible con medias de *Prada*)
les produzca a los jodidos zombies un inesperado y letal cañonazo de felicidad negada
que les arranque para siempre sus feas e infelices cabezas.

Y has de vigilar tu espalda y tu nuca,
y poner alarmas, y perros de raza peligrosa a pares en el jardín, y línea directa con la policía,
con tu dios y con el ejército,
por si una noche de luna llena se cuela en la casa y te muerde
la inhumana infelicidad (esa que ya no tiene cura ni antídoto)

Y súbitamente empieces a lagrimear
la trigésima primera vez que rebanen el pescuezo a un soldado macedonio
-que seguro tenía una pobre madre macedonia esperándole en alguna pequeña aldea de la antigua Grecia-
Y te quieras morir sin haberte terminado la cerveza,
y te quieras evaporar entre las dalias
añorando aquellas piernas largas y juguetonas
sobre tu sofá y tras haber consumido el cigarro...

O cuando de repente salte una luz roja e intermitente entre los callejones de tu feliz cerebro

mientras, afuera de la casa, los eucaliptus comienzan a aullar
un terrible olor a gasolina y a leña.

Algo sobre mis ángeles y yo

Ahora que sé que los dueños del mundo conocen
los entresijos y aristas de mis personalidades secretas
y gustos sexuales (y me la suda, con perdón)
Que esta sociedad navega sobre el escalofrío
y la baba de sus frágiles cachorros.
Que no hay cosa que más duela a los poderosos
que no ser inmortales.
Yo, amante del grito codificado de los violines
y de la autenticidad de los heavy-metal,
enemigo visceral de los graníticos ganaderos
y admirador de los lobos.
Yo, que fui casi tan básico como los hooligans,
(pero no tan patético como los padres de familia
que solo hacen el amor a sus mujeres
los domingos cuando gana su equipo)
Yo, que cazaría a los cazadores,
que gocé con las litronas en aquella alameda
de posadolescencias mágicas,
como en las fastuosas fiestas de ricos y mis amigos maricas
homenajeando al vergel de los ochenta
y compartiendo geometrías con el servicio.
Yo, que ya no me engañan los disfraces sociales,
que perdono la ignorancia
pero quiebro ante la estupidez y la crueldad.
Que me estimo y me detesto sin exaltaciones,
que odio sin fervor y quiero
con el más gigante de los excesos.
Que ya no tengo nada que vender ni nada que comprar.
Yo, que sé que no tengo ni puta idea de casi nada
pero aprendí a reconocer la yugular en el arte,
la belleza adornada con cicatrices y legañas
y el amor sin la burocracia del después.
Yo, cansado de tanto yo,

envuelto entre la puerilidad humana
y ese otro algo sin nombre
que me vaporiza una y otra vez
como una jodida explosión nuclear hecha a medida,
que me pudre
como el cadáver de un gato
en mitad de una autopista hermosamente iluminada
en una vaga e irreal noche de abril.
Yo que aleteo en reserva de fe, semihundido,
donde hoy mis ángeles de la guarda debaten
sobre el cáncer, bytes o política, viajan en bus
y ya ni siquiera recuerdan cuando los ángeles
volaban a ciento ochenta kilómetros por hora
con la música a tope, el alma esponjosa,
boca arriba y hasta del revés...

El hombre del edificio de la avenida

Tú, señor del lavavajillas y la recta,
alma cándida del sofá y rey de sombras;
bello durmiente de la galaxia
y los parches reconfortadores.
En qué cruce extraviaste la noción de ti mismo.
Dónde la arena y los planos originales del sueño.
En qué canal te quedaste a vivir,
en qué zapatos sembraste montañas,
en qué bragas buscaste el cielo.
Y todo para acabar vomitando
la biblia de la televisión por cable,
para tapar el horizonte con el ombligo.
Y si nunca te batiste con el desparpajo de un dragón,
si en la vida lloraste a tumba abierta,
si jamás resucitaste cien días por semana.
Ya sabes que los para siempre son mentira
y que la mentira aliñada
sabe a tarta de frambuesa y polietileno
(pues eres el protagonista de tu propio cuento)
Por qué soñar con días de lluvia
si puedes ser la lluvia entera.
Ay, triste y valiente pusilánime,
si no sabes llevar un volcán bajo la piel
a qué te metes en camisas de altas cumbres.
Porque en un mundo a golpe de silencios y tambor
has de plantar guitarras eléctricas en la sangre,
guardar playas de coral entre los dedos,
perseguir rincones desandados y desnudos.
Nunca los rinocerontes lucieron cascabel,
nunca las águilas vistieron banderas
ni amaron en calcetines.
Te creíste dueño del tesoro,
te pensaste amo de las llaves y no caíste

en que las llaves son solo entretenimiento de peces,
simple excusa de portero
en el edificio de la avenida de los espejos,
en una casa sin resquicios ni puertas de salida.

Lecciones de vida

Un día aprendes cosas tan sencillas
y complejas a la vez como que

tras ese sabroso cochinillo que te comes
de segundo hubo mucho miedo y dolor,
que los mejores artistas de la historia
eran inadaptados y drogadictos
en un alto porcentaje,
jamás has de acudir para morir a un hospital
financiado por órdenes religiosas
o que para tocar el cielo hay que aparcar el vértigo.

Cosas como que
las estaciones son la pobre excusa de los trenes,
poniendo la otra mejilla solo te vas a llevar
el doble de hostias,
que hasta las sílfides sufren ocasionalmente diarrea
o que la belleza y el amor no se estudian.

Y probablemente aprenderás también
que el silencio pocas veces calla,
que los golpes recibidos
en el momento justo duelen menos,
y que el momento justo nunca es el mejor momento
para todos (ni siquiera para ti)

Un día sabrás que en las lavadoras de carga superior
no se cuelan gatos,
y que los gatos saben inglés
(pues el inglés siempre será más fácil
y práctico que el latín)

Y al fin quizás entiendas por qué

Dios nunca fue apolítico,
a los viejos córvidos les gusta el rock duro
no hay protocolo para llorar
y por qué esos escalofriantes aullidos
(cien por cien humanos) en tu ciudad
ciertas noches de luna llena
tras las ventanas de algunos edificios y por las esquinas.

Antártida

Camino por la Antártida.
El sol -color yema de huevo radioactivo-
amarillea la senda de hielo,
una estalactita adorna mi nariz.
Al fondo un horizonte tan minimalista
y bello como falso.

Falso como el dios tántrico del desierto
o la filantropía del soviético Marte
las noches de insomnio.
Falso como *Pretty Woman*, el Yeti,
el ecologismo de gatillo, el bitcoin o las banderas,
... como la moral inescrutable
de la grey de Trump.

Falso como el pato Donald, el Ratoncito Pérez,
el "*Liberté, égalité, fraternité*",
el euribor y los Reyes Magos,
o como aquella supernovia
que me juró amor eterno
hasta aquel maldito 27 de agosto del 85
-semana después de la apoteósica
inauguración de mi primer acné-

Falso como cuando me da por escribir
poemas excesivamente líricos,
cuando mis musas desfilan ante mí
(con sonrisa angelical y sus camisetas
empapadas en lluvias de cerveza)

Falso, tan falso como el discurso
de los representantes del cielo en la Tierra,
como los bienintencionados consejos

de Fermín, ese pobre alucinado
que nos bostezaba a Kant en 2º de BUP;
como los best sellers de autoayuda
o de cómo poner el mundo a tus pies en 40 días,
y como los de todas las putas empresas de marketing
y publicidad
que, cual moscas cojoneras,
me han acompañado
sin despegarse de mí
desde que tengo uso de memoria.

Y más aún...

Falso como mis 101 mejores amigos
de trópicos, negocios y borracheras,
como el enano estafador que me vendió el Audi
con la culata de sexta mano,

o el trajeado de la agencia de viajes,
que me aseguró que en el Polo Sur
encontraría mi karma y a mi medio kiwi
vestida de esquimal, en un iglú,
amante de los osos polares y el sashimi,
y sin animadversión a compartir la vida
con un tipo que siempre desconfió
de los ambientes demasiado cálidos
y confortables.

¡Qué gilipollas...!

en la Antártida no hay osos polares.

Campeona

Mi abuela, gran tipa.

Hoy me he acordado de ella.

Bella de verdad.
De joven
nada que envidiar a una actriz de Hollywood.

Hoy mi nevera estaba vacía, no sabía que comer,
y he decidido ir a un chino.

La primera vez que comí en un chino
-allá por los 80- fue con ella.
Yo pensaba: tengo la abuela más moderna
del mundo.

Pero, no, ella no era moderna,
solo era una mujer con muchos huevos.

Viuda a los cuarenta y tantos, y por siempre.
Sacó el carnet de conducir.
Pisaba el acelerador con alegría
(como se deben pisar los aceleradores)

Contaba, orgullosa, aquella tarde
que mandó a la mierda al famoso franquista Blas Piñar
en el ascensor del edificio de su oficina.

No le gustaba la poesía
si no la cantaba Serrat,
pero los libros (devoradora de ellos)
eran su vida.

Sus batallitas destilaban el mismo dolor
que épica.
El relato de sus viajes a Cuba y Rusia
iluminaban sus ojos.

Socialista pero muy guay ella,
solo compraba en el Corte Inglés,
y yo le compraba novelas sobre la guerra, sus favoritas,
¡con letra grande!, me decía los últimos años.

Luego le temblaban las manos
como el volante de un coche viejo,
y el primer cajón de la cocina
lloraba furioso
el destierro de su amado chocolate.

Su piso fue siempre mi segunda casa,
el barrio de *Nuevos Ministerios* mi segundo reino.

Cuando murió solo solté
alguna lágrima en el discurso del cura,
hermano de su yerno. Qué curioso,
ni ella ni yo fuimos nunca de curas.

Hace siglos que no comía en un chino,
y hoy al ir a uno
la he recordado como aquel día;

se me escapó
otra lágrima traidora,
y una sonrisa al cielo de las campeonas.

El juego

Debía ser así,

ya no quedaba otra.

Y es que llegar hasta el fondo de algo
siempre exige contemplar
la posibilidad de morir en el proceso.

Hoy la playa se viste de tonalidad oro.

El tiempo también se viste de tonalidad oro.

Mis abuelos, mis padres, mis hermanos, ella,
mis animales, mis antiguas novias,
mis colegas de trabajo y del bar,
(hasta aquel buen y entrañable médico de urgencias
y el viejo conserje del edificio)
Todos estaban conmigo en esa playa.

Me miro
en el espejo de un baño del chiringuito (con aspecto de nube
en descomposición),
y no soy el yo de últimamente.

Pienso que a lo mejor unas cervezas me ayudarán
a reconocer mi cara última.

Pero no.
Ahora sé que ese últimamente en realidad no era todo mi yo.

Vuelvo a la arena. Mi padre me dice:
__ *¿Jugamos otra partida?*

El cielo cambia de color (a un violeta muy acorde con mi gusto)
El agua y las olas se contagian del mismo color.

Naves imposibles llenan el cielo,
vuelan y brillan entre las gaviotas;
(la psicotrópica brisa trae una extraña aunque bonita versión
del *"Knockin' on Heaven's Door"* en modo *Surround*)

__ *Vale, papá, juguemos...*

__ *Ok, pero ahora yo elijo sueño.*
Vamos chaval, tú eliges mundo.

__ *Después elijo yo* __ dice Marisa __
mientras su cara comienza a adquirir
una textura animal y escamosa, pero aún así amable
(como de digna mascota reptiliana)

50

Si de manera más o menos afortunada llegaste
a ese día en que te atraen más las hijas
veinticincoañeras que sus madres de tu edad,
(que sepas que a ellas les pasa lo mismo con vosotros),
o en que comienzas a imaginar con cierto agrado
el hallazgo de un nuevo virus capaz de acabar
con la especie humana en un par de años.

Si te encuentras en ese minoritario grupo de tu generación
que no es adicto a colaborar con el enriquecimiento
de las grandes compañías de TV de pago, a la incontenible
y desmesurada proliferación de bares de barrio,
al parchís de pastillas multicolor en tres tomas diarias,
al auge de las nuevas tecnologías informáticas
en cuanto al sector del porno,
a la búsqueda de la media naranja (o algo parecido)
en las webs de incomprendidos y raritos asociales,
o al de los foros conspirativistas y de poesía romántica...

Y si a estas alturas observas el telediario como un remake
surrealista, los políticos ya ni siquiera te revuelven las tripas
y los asesinos psicópatas te dan sueño.
Si se te pasa por la cabeza desheredar a tus descendientes
en favor de una asociación protectora de patos oriundos
del sudeste de la Patagonia en peligro de extinción.
Si a ratos te vuelves a ver corriendo a trompicones
por aquellas aceras de la niñez
tras el inalcanzable paso de tu ayer joven padre.

Si ya te cansaste de esperar que Dios regresara de ir el octavo día a por tabaco,
y estás pensando escribir un libro
acerca de cómo llegar a los 50 y no haber sucumbido
a encontrar el sentido de la existencia

durante los 90 minutos de fútbol semanales.
Si te aterra empezar a preocuparte por el tiempo que hará mañana,
el apetito de las palomas
y la evolución de la obra de la esquina...

O si se te acabó el repertorio de metáforas
y empiezas a coger cariño a ese entrañable
y desastroso superviviente que asoma con creciente timidez
y resignación en los espejos. Si por fin
descubriste que el huevo y la gallina fueron
después de la invención del derecho romano
y antes del *Let It Be* de los Beatles,
los preservativos con sabor a fresa y raíz de jengibre
te producen disfunción psicosomática y amago de reuma,
ya no vas con los indios ni con los vaqueros,
en la cola de los conciertos heavys y ochenteros
te sube el ego ante las barrigas y las calvicies ajenas,
la montaña te da vértigo y la playa te recuerda
al Juicio Final de Miguel Angel en la Capilla Sixtina.
Y además te pone Madrid los domingos nocturnos
y tormentosos de agosto
(y la echas de menos con locura...)

Irremediablemente estás a punto de llegar a ese lugar
donde convergen los amargados terminales,
los poetas a jornada completa de internet,
los puteros filántropos,
los que ya les sientan fatal las drogas
y/o los peters pan con ciática contagiosa
y discurso de destrucción masiva.

¡Felicidades compañero!,
pero por si acaso, no se te ocurra llamarme
... que ya me apaño solo.

De jóvenes

De jóvenes consumíamos pirotecnias
en todo tipo de formatos,
a modo de insurgentes rompehielos,
como cachorros su golosina.

Despegábamos con nuestras pequeñas naves
sin ABS ni airbag. Amábamos a pelo y contraluz
/tan insultantemente bellos/ sobre sus asientos reclinables
o en los baños de nuestros antros favoritos,
y en la intimidad nos deshacíamos en versos
propios de extraviados mosqueteros melómanos.

Los lunes volvíamos a ser jóvenes responsables
con hiperpotenciales proyecciones de futuro.
Verde mies del progreso y el bienestar primermundista,
supervivientes de guerras atiborradas de palomitas
y cocacola al intermedio; gladiadores de acera
y madrugadas deslumbrantes, lobeznos
enganchados a planetas eléctricos y en fila.

Claro que entonces no sabíamos aún llorar de verdad.
No comprendíamos la diabólica matemática
de los intereses/riesgos medio/ largoplacistas
(la cabrona mecánica del boomerang)
ni el asco que nos envolvería mañana por haber caído
en la cruel moraleja de nuestra particular fábula de Esopo.

Éramos tan tiernos como audaces. Hijos de la Movida
y la fotogénesis del escombro, caraduras diplomados,
estirpe de suicidas con miedo a la oscuridad.
Instauramos la felación ad líbitum
y los telepizza como señas patrióticas, asumimos
los marcianitos inteligentes y los túneles de colores.

Nosotros, los jóvenes de antes,
los adultos sin terminar de ahora.
Los que escupimos al cielo
y reivindicamos el arco iris,
los que grafiteamos la luna
y al volver nos creímos poetas.

Encuentros en la quinta fase

Hastiado de mi vida y este mundo infame
he salido a respirar un poco
de descongestionante aire urbano
esta maldita noche de luna
sospechosa y gatos negros.

A eso de la una doce ovnis
con el sello de Bill Gates en sus brillantes chasis
hacían piruetas extrañas y fumigan *chemtrails*
sobre las Torres
junto a la Plaza de Castilla.

Yo sé que absorben la libido
de muchas mujeres
para que no puedan ver el atractivo
y la extraordinaria capacidad intelectual
de los tipos listos como yo.
(las abducen y convierten en sucias homosexuales
y alérgicas a la maternidad
para así extinguir la raza humana)

Seis *tragacionistas* ocultos
tras los árboles del Parque del Retiro
me han perseguido con sendas agujas
y dosis de bombas líquidas génicas.
He escapado de una muerte terrible
entre estertores y mutaciones varias
por poco.

En la tele, ayer,
trece hipertornados, veinte superinundaciones,
doscientos megaincendios
y un trozo de polo norte derretido.

Quieren acabar con mi cordura
y disparar mi miedo.
Pretenden que cambie a un jodido coche eléctrico
y asesine vilmente a mi anciano
y amado Golf turbodiesel.
No tienen sentimientos.
Pero yo sé que Soros, el *NOM*
y el resto de calaña cambioclimatista progre
andan detrás.

En Malasaña una joven bruja vestida de verde
me ofrece una hamburguesa química
que simula ser carne de animal,
pero a mí no me engaña,
(yo sé que la carne no es carne
si su dueño no ha sido matado
como Dios manda, antes)

Entes diabólicos y multimillonarios
intentan hacerme su esclavo.
No podrán conmigo. Yo conozco su plan.
Me espían y saben todos mis pasos
gracias a antenas 5G y al abrir
los ajustes de mi móvil,
(pretenden entrar en mi mente
y anular mi conciencia e ideales puros,
pero no lo conseguirán)

Añorando mis días de niño
me cuelo en el zoo. No veo al vigilante
(fijo que no es español
y está fumando marihuana
con algún travesti de la zona)
Los elefantes tienen las pupilas violeta fosforito
y parpadeantes. Los leones rugen
alrededor de una piedra

con forma de pentágono
(estoy seguro que son masones
y fans de Herodes los muy hijos de puta)
Los ñus me miran raro
y se agrupan en fila, desafiantes, frente a mí
(juraría que su macho alfa lleva una hoz
y un martillo tatuados en el lomo)

Salgo corriendo del zoo
y entro a un bar cercano.
En la barra tres tipos con cara de inteligentes
me reciben con los brazos abiertos.
Sus ojos reflejan comprensión y buen rollo.
Me invitan a una cerveza.

Uno de ellos me dice:
"Felicidades, acabas de encontrar tu lugar al fin"
"Somos la Resistencia anti-ilustracionista
contra el pecado de la intelectualidad,
la ciencia del demonio y sus esbirros"
"Con nosotros la humanidad estará a salvo
y tú serás un miembro destacado
de la lucha contra el floreciente mal"
-Por supuesto acepto-

Hay una vieja juke box en el local.
Echo un euro y elijo una canción.
Frank Sinatra atrae a los ángeles
con su esplendoroso "*My Way*"
Respiro tranquilo por fin.
La Verdad nunca pasará de moda.
Las naves extraterrestres arden ahora en el cielo.
Ya las estrellas están en su sitio.
Por un momento llegué a pensar
que me había quedado gilipollas

del todo.

Y al final tenían razón

Pues sí, lo reconozco,
resulta que tenían razón. Al final
tenían toda la razón. No lo niego.
Ni de lejos lo conseguí.

Ciertamente no me acerqué a escribir
un solo poema con la mitad de genialidad
de la Szymborska, Casas o Vilas.

Tampoco mi bella y trabajada locura
o mis más oscuros e inconfesables sueños
me inspiraron un solo best-seller
como los del loco cabronazo de Stephen King,

o mi cinefilia -rubricada por miles
de horas de sofá y escandalosa factura eléctrica
me convirtió en director de Hollywood
y poder regalarles a ustedes un "El padrino IV"

Yo, que he sido polémico y contradictorio
como un león vegano,
que fui guerrero como un sioux
sacando el dedo al séptimo de caballería.
Sí, cierto, no llegué a colonizar Marte,
aunque tuve el gusto de conocer
algunas inteligencias superiores.

Yo, que mezclé y removí edenes e infiernos
entre rascacielos de quimeras y ultraerrores,
entre filosofías exprés, lencerías apátridas,
sangres al bourbon y horizontes maleducados;
que adquirí un stock de jaulas y futuros
inconclusos con la artillería del desencanto...

Y es que ni mis trapicheos de juventud
y mi adicción por los dulces y falsos efluvios nocturnos
me permitieron ganar un euro
en algún rentable negocio *duty free*,

ni mi incursión en la reforma de pisos
junto a mi relación alcohólica
con el director de una sucursal del *Banesto*
acercó un ápice los ceros de mi cuenta bancaria
a los de Florentino Pérez.

No, amigos míos, mi medio tupé y sugerente mirada
tampoco me proporcionaron la décima parte
de atractivas amantes que George Clooney.
No ablandé el corazón de la chica más sexi
y maravillosamente asocial del instituto.

Jamás solucioné una miga el hambre mundial
ni inventé una mierda de crema exfoliante.
Ni mi buen fondo me hizo santo,
ni mis pecados me hicieron digno del diablo,
ni mis patadas voladoras Bruce Lee.

Y no, evidentemente nunca gané un balón de oro
ni mi talento artístico creó algo parecido
al *"Imagine"* de Lennon o al *"El Guernica"* de Picasso,
ni, por supuesto, mi labia me llevó a la Casa Blanca,
ni siquiera a alguna mísera concejalía
de mi muy modesto pueblo.

(_ Dios de los agnósticos y los soñadores devotos:
¡en qué barra de bar me abandonaste definitivamente!)

La pura verdad es que me tuve que conformar
con algún triste premio en un par de foros de poesía,
con algún polvo de miedo sobre la moqueta del piso

mientras Vito Corleone ordenaba asesinar al traidor de turno,
con comandar una banda de divertidos descerebrados

o con un ciego alucinante gracias a una pastilla rosa
regalada por una camello de un inolvidable verde de ojos
-casi de otro planeta- a juego con sus rastas
junto a la plaza de toros de Pamplona.

Pero sobre todo,

sobre todo, recibí el amor
de unas pocas y deslumbrantes personas,
como el sol de un amanecer de postal
en una playa virgen de Costa Rica.

Y hasta algún ronroneo o lametón oportunos
-cual aliento divino-
cuando el mundo entero hacía aguas,
y mi viejo y fiel espejo mágico
me explotaba en las narices,
sin previo aviso, en más de mil,
o quizás y no exagero, en un millón de jodidos pedazos.

De transcendencias y paraísos

Ya la luz guardada comienza a doler
y es normal anochecernos un poco.

Hoy recuerdo esa tarde en una isla del sur de Japón
empujando una barcaza junto a unos exhaustos
y sorprendidos pescadores nativos *-parecíamos*
bronceados semidioses reflotando el arca del diluvio-

En agradecimiento me llevaron gratis a otra isla
donde me alojaba y bebía cervezas *asahi*
y dragones negros como si fueran agua.

En una capital caribeña vi a la mujer más bella de América.
Trabajaba en un casino por un escatológico sueldo
y se ofreció a llevarme al paraíso a cambio de 20 dólares USA
Nunca pagué por sexo (pero esa vez estuve a punto,
lo reconozco)
Fuera del casino la noche tropical sudaba su febril reggae
como si no existiera un jodido mañana.

Abdul, un marroquí que me hacía una obra en el piso,
me invitó a conocer el humilde paraíso de donde venía.
-Familia inacabable, caballos en arena fina, paredes blancas,
verdes árboles frutales y verdes plantaciones de marihuana,

y a lo lejos siempre el mar-

Un día de febrero a principios de los 90,
mientras en el viejo Maastricht se cosía la nueva Europa,
yo llevaba al implorante Toni a comprar su dosis de polvo
de mariposa marrón a la costa de los muertos vivientes.

No había nada paradisiaco en aquella costa de barro,

flores intravenosas y delgadez horrenda
(ese día certifiqué la trampa de los paraísos exprés)

Paraísos para recordar y no volver.
Paraísos solo para valientes, locos o kamikazes,
que se esfuman cada amanecer
escapados de entre los dedos
en un breve o largo instante,
como se mueren los ángeles rotos y los sueños.

No hay nada transcendente en los paraísos de este mundo
¡y para qué!
La transcendencia es un tren que siempre llega vacío y con retraso,
los paraísos ignoran vías y nunca regresan.

"La transcendencia es la mentira más cómica
de todas las mentiras,
y los paraísos solo existen a modo de anticipada y fugaz
indemnización por los infiernos por venir"

... me lo juraban Mark y Laura hace mil años
en aquel bar nocturno de Zaragoza,
filosofando como antiguos griegos borrachos
mientras compartíamos humo, rayas, rock y birras,

una pareja encantadora con acordes *grunge*
y el mejor rollo de España,
les había conocido un par de bares antes.

Él se marchó al lavabo.
Laura y yo nos miramos en silencio
(de negro cósmico sus ojos)
Entonces la besé y ella me besó.
Labios y lenguas pegados alrededor de un minuto.

¿Y esto? me preguntó.

No sé, -contesté-
Sonrió.
Luego regresó Mark y brindamos con tres chupitos de tequila.

Creo que se querían. Me gustaban.
Continuamos charlando -y riendo-
sobre la gloriosa imperfección (y levedad) de los paraísos
cuatro o cinco bares más,

hasta el último rayo de luna.

Mis queridos poetas

Mis queridos poetas:
Tened compasión de vuestros amados,
incondicionales
y sufridos lectores.
¡Por el bien de la humanidad!, estrujaos un poquito
más vuestras brillantes seseras.
Poned a trabajar esas potencialmente prodigiosas
neuronas que el Creador os ha concedido.
Imaginad...
Escribid
por ejemplo:
que el alma es una caja de música defectuosa
cubierta de polvo y telarañas, habitualmente
desafinada y con la garantía caducada
de tanto decirla.
Que el corazón es una máquina encallecida
y ensangrentada que se reblandece
y derrapa cuando llega el buen tiempo,
o cuando a vuestr@ vecin@ cañón
(a régimen desde enero) se le pega la ropa
sudada al cuerpo.
¡Por Tutatis!, dejad a las mariposas, las luciérnagas
y los pájaros tranquilos;
dejadles que vuelen en paz,
que cacen moscas y gusanos,
que píen, defequen, pongan huevos y copulen a gusto.
Dejad a las flores con sus polinizaciones
y sus viles reacciones alérgicas.
Asumid que es normal que vuestros amantes
se larguen con tip@s más jóvenes
y más guap@s que vosotr@s
(no hagáis una tragedia griega de ello)
Sabed que Peter Pan, hoy con hígado graso

y halitosis crónica,
acabó trabajando para el tesoro público,
que Campanilla al fin dejó los polvitos mágicos
(aunque actualmente sufre
de sobrepeso y adicción al prozac)
Dejad a los entes divinos tocando sus arpas
y a las resabiadas sirenas engulliendo sashimi
en el Marriott de Jacó Beach.
Dejad las olas que fluyan como toda la vida
puteando a los cangrejos desorientados
y a los niños diplomados en arquitectura medieval.
Bajaos de la luna un rato, ¡que la vais a desgastar!
¡Oxigenaos un poco!
Guardad vuestras bucólicas infancias en el álbum
de fotos de la abuela -y sacadla de la residencia-
Iros un par de meses al Everest o a Cancún.
Follad más y no malgastéis tanto papel,
tanta tinta ni luz eléctrica en repetir
una y otra vez las mismas e insulsas ñoñeces
(que el buen sexo siempre sirvió al pH del ingenio)
... Y vosotros, poetas *high line*
y filólogos en paro,
¡coño!, que no os entiende ni Dios.
Escribid un best-seller si tan listos sois.
No os creáis los aplausos
de vuestros cuatro admiradores
ni los laureles que os endosan
vuestros compinches jurados de renombre
-igual de aburridos y jodidos que vosotros-
Poned vuestro talento al servicio de algo útil.
¡Gritad!... Pelad vuestras venas
y ondead la sangre.
¡Declaraos ninfómanos de instantes y de emociones!
Dad caña a la banca y a las mafiosas energéticas,
a vuestros rapaces líderes,
a los hijos de puta con nombre y apellidos.

Mis queridos bardos,
no nos mintáis.
Poetizad vuestros gatillazos (esos que nunca ocurrieron)
o cuando vomitasteis sobre la falda
de ese reluciente amor de verano.
Versificad vuestros pecados más oscuros,
vuestras indecibles y apoteósicas cagadas.
¡Escribid para la calle!
Hablad de cómo tragarse las lágrimas en seco,
de cómo enjuagarse las tripas
en este estercolero de mundo...
Dejad de pelotearos mis eruditos capullines
por cuatro míseros likes.
Arrastraos por el fondo de un mar
de barro y resurgid a la superficie
con la mala ostia de Moby Dick.
Trepad como King Kong al edificio más alto de la ciudad
y escupid vuestros hirvientes
y tóxicos versos
sobre la aletargada masa de media mega
y tarifa plana de allá abajo.
Aullad entre una alucinógena niebla
como el perro de Baskerville
(pero no os la fuméis)
¡Sorprendernos poetas!
Hackead nuestras crionizadas conciencias,
piratead nuestros más infranqueables sueños,
grafitead nuestras anémicas mentes
(y subid el sueldo a vuestras musas)
Mis hacendosos y orgullosos poetas
Tened piedad de vuestros extraviados,
afables y resignados lectores.
Por favor ¡solo,
solo un poquito de compasión!
... mis queridísimos poetas.

El jodido color de la luna

Un día al fin
conseguí que una gatita blanca
y un viejo perro marrón-gruñón oscuro
comieran juntos del mismo plato,
que un anarquista de Veracruz
y un yanki del *alt-right*
brindaran con la misma botella
de *Ribera del Duero* del 85
o que un flamenco cirrótico
y una punk adolescente
se rindieran ante el *Hey Jude* de The Beatles.

Algún otro día logré
que una travesti suicida y un hooligan católico
compartieran la mitad de sus miserias,
unas risas sinceras, un pico en los labios
y medio gramo de coca,
que mis padres una mañana
-por una puta mañana- cesaran sus gritos,
incluso que un boxeador loco
perdonara la vida a un pobre diablo
sobre la sucia acera
de una histórica calle de Madrid.

También que alguna diosa de la noche
abriera sus piernas
ante mi brillante mirada de lobo herido,
y hasta escribir un poema
medianamente digerible
para "Sus Altezas Poéticas"

Y es que, sí, amigos,
he conseguido tantos y tantos imposibles

a lo largo y ancho de mi vida...

Pero, no, nunca
nunca conseguí comprender
por qué las personas tantas veces
confunden la verdad con su verdad,

tampoco que mis varios yoes
compartieran un cigarrillo
(y no se mataran entre ellos
dilucidando dónde empieza el horizonte
o cual es el verdadero
y jodido color de la luna)

De poesía, ridículos y areneros de gato

No hay nada más redundante e indigesto
que la poesía que habla de poesía,
como no soporto a quienes hacen que te escuchan,
pero en realidad es solo la alfombra necesaria
para su apoteósica entrada en escena
en su papel de protagonistas estelares.

Dos factores desnudan, arrancando
de un inmisericorde tirón hasta la ropa
más interior (esa que está incluso por debajo
de las bragas y los slips masculinos),
a las personas: el miedo al ridículo
y que descubran toda la verdad sobre nosotros.

Por eso felicito a los poetas que aun siendo malos
con ganas asesinan mariposas, desintegran lunas,
incendian primaveras o torturan al personal
escribiendo sobre sus cotidianas hecatombes
que no le importan ni a sus santas madres.

Me quito el sombrero
ante los que hacen el ridículo más grandioso
acudiendo a ese programa televisivo
de cenas y citas para buscar su media naranja,
y la mitad son rechazados por alguien
aún más patético que ellos mismos.

Pero sobre todo por eso cada día admiro más
a mis perros y a mis gatas, que orinan y defecan
en público sin ningún pudor, no persiguen
ser las estrellas de la película, y además

la única lírica que respetan es aquella

que recito al abrir el envase de plástico
lleno de su comida húmeda favorita,
mientras un par de mariposas *in love*
revolotean ajenas a su atención
sobre sus peludas y hermosas cabezas

de seres sin complejos ni necesidad
de que cualquier alucinado les haga la ola.

Confinamiento

"¿Recuerdas aquel cielo ámbar sobre nuestro río helado?"
-pregunto a Bart mientras le acaricio-
Entonces saca su enorme lengua
y me lame el rostro.
Está viejo, cansado;
inmóvil sobre su colchón.
-Afuera el mundo sigue en *pause*. Otra vez
el aire trae un extraño aroma a fin de ciclo,
a fin de ciclos-
Sus ojos me observan tranquilos, sin excesiva
señal de emoción. Le dejo dormir.
Tras el *Velux* la luna brilla inusual
como si no existiera un mañana,
como si quisiera decirme algo
esta noche de brujas y silencio con dientes.
¡Cosas de la luna!
Enciendo la TV.
Nicole Kidman está más atractiva que nunca.
Sospecha, (los invasores se esconden
tras un virus extraterrestre)
Al rato me dice:
"confínate conmigo, *my darling,*
sobreviviremos"
La invito a mi destartalado piso.
Sonríe.
Se retira ese travieso y rubio mechón
de cabello sobre su cara.
Me besa.

Invasión

¡No!

Con esta corta palabra, tantas veces desoída
a lo la largo de la historia humana,
comenzó la otra historia no tan humana.

"¡No nos puede sobrevenir otra crisis a estas alturas!
Dos económicas para morirse (y seguidas),
el jodido calentamiento global,
y aún con la sangrienta resaca del siglo pasado.
No nos lo merecemos. ¿A qué juega Dios?

¿Qué hemos hecho tan mal?
¿Es que no tenemos bastante con los coronavirus,
el terrorismo, el auge de los populismos
ultrarabiosos?, ¿... con el cáncer, la ELA,
el hambre en África o la invasión
bursátil del neoliberalcomunismo chino?
¿Y la puta madre del nuevo abanico
de posibilidades bio-no-éticas
tras la ciencia genética y la nanotecnología?

¿Qué hemos hecho tan mal?"

... Decían.

Pero sí. Sucedió.

El día que aterrizó el primer ovni
en aquel descampado al sur de Móstoles,
seco como la lengua de Jesús al clavar su cruz,
seco como el cerebro de Trump al cumplir los 30.

Aquel lunes 7 de abril de 2024

los nuevos okupas de la Tierra
hablaron por primera vez con los viejos inquilinos
del planeta azul.

Amables en la forma,
tajantes en el fondo.
Traduzco, coloquialmente:
"Nos la suda vuestras pretensiones.
No aceptamos condiciones.
El dominio sobre el viaje intergaláctico
nos otorga tal derecho.
No somos mala gente. Tenemos, también, emociones.
Nos gusta la poesía y el rock.
No comemos seres sintientes"

Hoy, 1 de enero de 2028,
descorcho una botella de champagne
en la Puerta del Sol de Madrid.
Ya no hay guerras, negros muertos de hambre,
cáncer, mataderos, tiranos tercermundistas, Putins ni Trump.

Ciertamente se hace raro dar fuego a una vaca inteligente
(algún mal vicio les teníamos que transferir)
El sexo es más libre y tolerante que nunca.
La Iglesia ha acercado en sus belenes
los Jesusitos al buey.
Los ricos se bajaron de la burra.
Los malvados ya no se excusan en su mala infancia.
Antropocentristas, monárquicos,
clase media amargada, burgueradictos,
cazadores y taurinos se benefician
del nuevo departamento cuántico-psicológico
de la Seguridad Social,

y los troles internautas cuando dan al intro
son teletransportados automáticamente

a la galaxia de pensar.

Conductores

Conducir es fácil (en teoría)

Solo tienes que saber manejar
una bonita y obediente máquina
con ruedas y cómodos asientos de cuero
o polipiel en su interior.

Girar el volante hacia donde quieras ir.
Como un rey en su trono móvil
con cien purasangres de acero a sus órdenes
frenar o acelerar según la necesidad
o el deseo del momento.

Pero lo más importante es la visión global.

Visión global significa poder
predecir los potenciales sucesos del entorno.
Ver más allá de tus narices,
lo que ocurre en el espacio-tiempo
cercano desde tu inmediata posición.

Es decir,
analizar el conjunto de lo que acontece
en todo el radio de visión que te permitan tus ojos,
(si aquel coche que circula 300 metros por delante
de ti hace una maniobra extraña
que súbitamente produjera
un efecto mariposa entre conductores)
y así evitar futuros sobresaltos.

Aunque esto no siempre funciona,
pues resulta que cualquier vicisitud
o desliz fortuitos

podrían acabar repercutiendo drásticamente
en tu cómoda y prevista ruta,
obligándote a salirte
de tu zona de seguridad y confort;

a tener que improvisar,
y tomar la decisión -en unas décimas de segundo-
de si en plena vorágine automovilística
atropellarías a ese ángel despistado,
o por esquivarle te tirarías a la pendiente
sin garantías de que alguna divinidad
apreciará tu heroico gesto
y abogará por ti cuando lo necesites.

Da igual, mi amigo conductor, no te rayes:
en realidad sus señorías cósmicas,
el puto acantilado y tú
ya sabéis (o intuís) de sobra la respuesta.

Los ocasos rosas de Malasaña

Trozos de memoria son hoy despintadas cicatrices
desde cunas percutidas: hologramas de zombies,
sementales, divinas y caqui, desfilando
por los ocasos rosas de Malasaña.

Y entre los cráteres dentados que bostezaban
espectros de fenol: rojeces vítreas y torpezas
de cebada. Urgían urgencias innobles sobre
aquellas aceras encendidas donde cada madrugada
alternaban sin pudor tigres y mariposas.

Residuos del ayer, enterrados bajo el ámbar
opaco del asfalto, burbujean hoy entre el coral
de la decadencia. Simbades eunucos en scooter,
escotes de neón y sus horizontes infinitos.
Transgresores del canon y el subconsciente.
Albos y demacrados kamikazes esquivando
amaneceres en los irretornables andenes del vacío.

Ya sucumbieron las arrogantes cuerdas de romper
el viento. Volaron hasta la Osa Polar
las oxidadas palomas, tras nebulosas azules
y labios de fuego con sabor a refugio, leyenda o sandía.

Entes que embadurnaban de poesía los urinarios
del corazón anidando en aglomeraciones de soledad,
regurgitaban el dulce agave de la juventud inédita
sobre mármoles de manzana y hollines plastificados.

Polen de luna mutado en pólvoras de aguja.
Esqueletos de luz adheridos al alcohol de ladrillo
que destilaban las viejas fábricas con vistas
al infierno. Despegaron en alfombras voladoras

y cuarteadas crines hacia Pacíficos convulsos
y definitivos.

En aquel jurásico de vinilo y peppermint cayó
un meteorito escoltado por glamurosos rayos de éter
y marfil. Arca de dragones multicolor luciendo sienes
de diamante líquido. Cáncer digital. Inmunodeficiencias
del tiempo, devoraron a sus mitos y vástagos
en la clausura de los sueños.

Yacen hoy sus sombras en las globalizadas
calas de la desubicuidad junto a los podridos
dinosaurios del neobudismo y sus ergofóbicas
hembras de fulares apátridas.

En mausoleos de alquitrán envejecen los herederos
de la noche blanca.
Llaman a las puertas de un cielo a cobro revertido
y sin respuesta. Autoestopistas del verso libre
oteando soles fríos en un desierto de escamas
y cenizas submarinas. Gurús del *underground*,
engendros de la utopía y su estela de humo púrpura,
recorren hoy deformes,
indiscernibles, las riberas del olvido.

En la buhardilla donde encallan los relojes
y florecen los alacranes,
la princesa arrugada desamarra una estrella
desde la galaxia de sus ojos
y,
escoltada por su séquito de adiestrados brillos,
entreabre el cristal de su epígrafe;
disemina por la ciudad los efluvios de un subrepticio
y felino susurro a modo de lágrima,

(la ciudad le revierte un eco de muda oscuridad)
La princesa bella duerme para rememorar
la llama, el beso inaugural y genuino que un día
prendió el silencio,
y duerme su destierro de luces,
y duerme su destiempo de alas.
Y duerme...

La industria

Dentro de la habitación:

Insomnio de palomas disecadas.
Sombras a pleno rendimiento:
Metalurgia de la memoria
en estructura de techos altos
e inabarcablemente fríos.
Planchas gigantes y quejosas,
dentadas correas rezuman
corazones de culpa o humo
entre estertores y relámpagos
sin gravedad.
Lunas/es de cocaína ante un descolorido
calendario de antiguas amantes
ataviadas con lencería roja
e inerte expresión. Fluye
sudor ácido y terrible,
desbocado bajo las sábanas
y sobre las sucias sienes
de los protagonistas
del último remake del inframundo.

Fuera de la habitación:

Un gato negro y viejo
(más viejo que negro)
araña suavemente la puerta.
Clamando en voz baja
su oficio de ángel nocturno,
su incuestionable derecho
a arroparse junto a los pies
de su mejor amigo,
en su penúltima muerte.

Arde la Red (o el malware todopoderoso)

Arde Internet.

Arden las redes y los foros.

Increíble.
Jesús -el hijo de Dios- ha regresado.

Se le ha visto paseando sobre las aguas del río Hudson
frente a la Statue of Liberty en New York.

No dice nada. Saluda sonriente
a la multitud que le observa desde tierra
y los abarrotados ferrys.

Viste una túnica blanca como la nieve.
Debajo solo unos jeans.

Helicópteros del FBI sobrevuelan constantemente
tan bajo que alborotan su larga melena.
Parece un loco.

¿Protocolo de alerta antiterrorista o extraterrestre?
Epidemia de onicofagia en la White House.

Lleva 24 horas caminando. Más o menos
cada 50 minutos se tumba boca arriba
sobre el agua con las rodillas dobladas
y la nuca apoyada en las manos.
Parece que está silbando. Las gaviotas vuelan a coro sobre él
dibujando frases en el aire:

"ME HAN OBLIGADO A REGRESAR"

"HERMANOS MÍOS, ESTO NO PUEDE SEGUIR ASÍ/
OS ESTÁIS CARGANDO EL PLANETA/
Y NO PARÁIS DE JODEROS ENTRE VOSOTROS "

"VENGO A PONER UN POCO DE ORDEN/
TRAIGO TODO UN ARSENAL
DE NUEVOS MILAGROS"

Las redes echan chispas.

Dicen cosas como:

"Otro extranjero que viene a delinquir y vivir de las ayudas del Estado"

"Vaya pintas de vegano perroflauta, fijo que es marica"

"A este le ha financiado algún lobby
cambioclimatista al servicio de la agenda 2030 y
el supremacismo feminista"

"¡Argentino!"

Pero Jesús ya no está para sandeces.
No está dispuesto a un segundo fracaso.

Entonces
da una fuerte palmada y la tierra comienza a temblar.

Las redes siguen echando chispas:

"Eso es censura, cabrón"

"¡Fascista progre!"

"¡Aguafiestas!"

Jesús consulta con su padre.

"Estos gilipollas no tienen remedio.
Mándales a tomar por culo.
Hágase tu voluntad"

Y ante la negativa de Satanás ("*yo quiero malvados, no zombis"*)
a partir del año uno de la nueva era
el hombre vagó por los tenebrosos senderos de la existencia
en busca de la santa lucidez por otros dos mil años.

Y (de paso) la última luz del último aparato conectado a la red cesó.

Y de nuevo se hizo la bendita ciberoscuridad.

¡Dios!

Me han contado que Dios ha pedido la baja
por depresión y esporádicos ataques
de ansiedad, inmunes a la valeriana,
al psicoanálisis y a las sobredosis de diazepam.

Otro dios 24 horas le ha sustituido.
El cabrón es bueno
pero cobra más que un antenista
en Nochevieja.

Se justifica diciendo que la omnipresencia
es muy dura,
que desde la mona Lucy la humanidad
ha crecido como una plaga bíblica
de langostas atiborradas de viagra.

Y que además no somos el único planeta habitable
del universo,
que hasta la divinidad tiene sus límites,
y que el causante de este desaguisado
fue la inexperiencia, pues la Creación
a destajo lógicamente produce
indeseables efectos secundarios.

Esta noche le he comentado
que la culpa no es toda nuestra,
que va a terminar por conseguir
que nadie crea en él,
pues un buen profesional ha de ser responsable
y ejercer con el debido código ético.

Al final casi salimos a ostias (de las sin consagrar)
Me dice que no me queje,

que él inventó el sexo, la muerte liberadora
y la materia prima para la cerveza,
y que entonces no le pida favores
cuando la vida ahogue.
Yo le contesto que indemnice
por los daños y perjuicios causados,
que Satán ya me ha hecho alguna oferta que otra.

Su última palabra ha sido
que por desvergonzado y rebelde
me condena a ser un infeliz
y un jodido amargado,
también que en lo que me resta de existencia
no voy a ser capaz de escribir
un solo poema bellamente lírico
(de esos que tantos *likes* suman
entre los colegas de foro)

y que como siga en mis trece
me va a asignar de nuevo ángel de la guarda
al puto borracho de Bukowski.

Yo Tarzán poeta, tú Lolita Jane

La verdad, era un poco creída y cabrona,

pero la condescendencia habitual de la naturaleza
con la juventud
y el talento en el arte de lucir vestuario
minimizaban esos pequeños inconvenientes.

Era un marzo casi primaveral
y como todos los marzos casi primaverales
los lindos pajaritos se comían a las lindas mariposas,
los lindos gatitos se comían a los lindos pajaritos,
las ratas seguían pululando bajo las calles
(pues a ellas no les engañan
las trampas propias del cambio climático)
y la Humanidad, como suele pasar
en esas extrañas épocas de bienestar y paz contenida,
comenzaba a oler un poco a podrido.

Yo seguía asesinando a mi karma
con bombardeos cerveceros,
negocios fallidos y versos afilados.
Aquel marzo, ella me dijo:

"¿jugamos a yo Jane con veintipocos
y tú Tarzán, ahogado de experiencia
y abrazado a la última liana de la selva?"

Y es que resulta que a veces,
cuando menos lo esperas, la vida te chupa la oreja
con su lengua cosquilleante y sibilina
y luego sigue hacia abajo,
y entonces funde tus circuitos caducos,
aparecen margaritas sobre tu sombra,

estrellas fugaces en los ojos
y tonos fresa resurgen febriles
sobre la incipiente desertización de tu piel,

y logra que ese creciente sudor frío que te inunda
algunas noches sin avisar
se evapore como humo del mejor cannabis
entre los viejos y agotados perales de tu recuerdo.

Y eso, amigos, despierta el apetito,
las ganas de estirar un poco más
esa noche oscura y tenebrosa
pero hoy clara y llena de revoltosas
y luminiscentes luciérnagas viniéndose arriba.

Porque de repente llega Jane
con su cuerpazo de top model,
con su piel fresca y reluciente,
su informal y húmedo despeinado,
su insultante inconsciencia y explosión de vida
(y con ese vestido negro ceñido y ultracorto)
y te dice:

"Después de estar conmigo te podrás morir a gusto y feliz"
"Te importará un huevo que Trump vuelva a ganar las elecciones en USA"
"Te importará el otro que un puto virus chino acabe con media Humanidad"
"Yo enjuagaré todos y cada uno de los sinsabores y sinsentidos de tu mediocre existencia"
"Elevaré tu espíritu (y sin químicas ni psicoterapias de moda) hasta la exosfera y más allá"

Y tú te lo crees
o te lo quieres creer
o no te lo crees
pero en realidad te importa dos cojones que sea mentira.

El caso es que Jane de veintipocos asalta tu mundo
desde la suela de tus zapatos hasta el último pelo

de tu decadente y canoso sucedáneo de tupé
mientras te dice *relájate y disfruta.*

Y entonces tu jefe te coge manía
y tu ex te deja de hablar
y la panadera te sonríe lascivamente
y tu madre dice ¡*al fin!*
y tu sobrino dice *¡qué tío!*
y los morbosos de tus lectores piensan:

Vaya mierda de poema,
pero ya puestos cuenta los detalles ¿no?

Tu mejor amigo

Es tu sombra útil tu mejor amigo.
Es Dios en su consulta
aconsejándote dentro de un microchip.
Son cien mil sabios incrustados
en un rincón de tu cabeza.
Son, están
las 24 horas a tu más entera disposición.

Un trillón de bytes guiarán tu camino
al éxito. La felicidad en oferta.
Es la Historia la ciencia de milenios
al servicio de tu causa.
Conectado a tu red neuronal.
Vinculado inexorablemente
al mar revuelto de tus emociones.
Es el regalo ideal
incomparable
imprescindible
de tu primera comunión.

Maquiavelo a tu vera, frente a la nueva horda
estreñida y hostil de la oficina.
Freud a sueldo, medicina milagrosa
contra tu terremoto psico-sexual.
Hemingway para tus mañanas de resaca.
Gates, Kennedy, Lorca,
Buda, Lennon, Einstein,
Séneca, la Wikipedia, Jesucristo, Mary Poppins,
Superman y E.T.: Todos...
todos juntos en primera línea contra las fuerzas
parásitas y potencialmente letales
de tu escabrosa
e ingobernable vida.

Escucha. Obedece. Actúa
de acuerdo con sus instrucciones.
No hay duda. No hay error posible.
EFECTIVIDAD GARANTIZADA.
Mil millones de probabilidades,
estadísticas, analizadas al segundo
y sabrás, siempre, al instante
elegir la mejor opción.

No más remordimientos.
No más lamentos.
No más abisales cagadas.
No más zancadillas traidoras.
No más *si hubiera*...

¡Nunca más!

Porque tú, amigo,
eres la rosa azul sobre el guano,
el vértice de la pirámide,
la guinda que sobrevivió al apocalipsis del bizcocho.

Porque tú, amigo:

Tú eres el futuro
y la razón.
El legítimo,
el verdadero,
el afortunado,

el puto heredero del Paraíso.

(¡... Sí, tú!)

Por ti (por vosotras)

Yo, que allá por mi infancia
-en el hoy borroso videoclip de una guardería-
te entregué mis primeros
y más tiernos sentimientos.
A ti, niña de nombre olvidado,
mi primer arco iris, mi primera vez en ese mar salvaje
del amor, insoportable dolor de tripa
y obnubilación boba e incontenible...

Sí, yo, que una tarde
al salir de la aburrida catequesis
me imaginé un futuro de alucinantes colores
infinito a tu lado.

Y frotar de mayores nuestras narices a lo esquimal
cada día antes del desayuno.
Y ver pelis de miedo acurrucados bajo una manta en invierno.
Y besarnos como en un anuncio de pegamento *superglú*.
Y pescar sardinas para barbacoa cogidos de las alas,
juntos
como dos gaviotas que vuelan siempre en paralelo
sobre los tejados y las calles
de una ciudad portuaria sin rotondas,
perdigonazos traidores
ni problemas de aparcamiento...

Yo, que recibí mi primer puñetazo
cual enclenque y bajito quijote
entre un corro de niñatos
por defender tu honor
en el embarrado patio de un feo colegio de barrio...

Que años después descubrí la magia de la música

bailando una de *Scorpions* contigo:
Recuerdo
tus pequeños y mullidos pechos apretados contra el mío,
y tus ojos verde esmeralda,
y nuestros corazones a mil,
y mi primera y traicionera erección en público
-en aquel cumpleaños de la Trini del 2ºA-

Yo, que por ti bebí como un vikingo,
que fumé hasta toser el alma,
que gasté cada ángulo y cada centímetro
de cada espejo que encontraba,
que regué con mi sudor
cada centímetro del gim-center
como un despiadado e incansable pirómano de calorías

o que expuse mi fresca piel hasta el límite del incendio
como un cangrejo idiota y enamorado
al terrible peligro de los rayos ultravioleta.

Y solo para que me regalaras
un sábado de sexo nuclear
sobre la torturada hierba
y ante la mirada envidiosa de la luna
en esa arboleda de nuestra resplandeciente
e irrepetible juventud.

Yo, que te concedí la exclusiva de mis sueños;
que te comía la boca diez veces por noche
pero sin ti,
que me corrí más de cien veces contigo
pero sin ti.
Que te engañé por puro acojone
(y un poco, sí, por cuestión hormonal)
Que robé tu corazón sin que te enteraras,
y que luego se escapó sin enterarme.

Y hasta encontré un sentido a la vida
durante casi un agosto entero...

Yo, que añadí el morado
a mi monocromática paleta política,
que quemé la culata de mi *Corsa*
negro brillo como tus ojos,
que me arruiné con el jodido *Audi* de quinta mano;
y aprendí yoga, mecánica, poesía,
respeto, locura (de la buena) y paciencia
solo por ti...

¡Que me estrellé, me reconstruí,
me hundí, levité, reí, lloré,
me volví a hundir, volví a reír,
me rendí y me volví a levantar
también por ti...!

¿Y ahora me dices que si no sé colgar
un puto cuadro en la pared,
que si mi apoteósica inmadurez es
digna de los mundos azules de *Avatar*,
que no sé lo que es el amor
y que no entiendo a las mujeres...?

Donec mors nos separaverit

Presentaos.
Hablad de vuestras metas
y vuestros sueños en la vida.
Reíd de nervios y felicidad. Repasad
vuestra infancia, descubrid
vuestros miedos y fobias,
vuestros grupos musicales favoritos.
Adquirid entrada libre
al catálogo de vuestra ropa interior
y zonas erógenas.
Psicoanalizad vuestras viejas y nuevas
amistades, contaos los intríngulis
del curro.
Conoced Cuenca, Roma y la República
Dominicana de la mano. El sabor
de vuestro sudor y lágrimas.
Compartid el vater y la ducha.
Haceos aguadillas y arroz con langostinos.
Odiad a vuestras suegras. Hipotecaos
para los restos, llenad el piso con un par de enanos,
una chihuahua y un gato siamés.
Desconfiad de las intenciones
del nuevo y atractivo entrenador de pilates
o la nueva y dulce vecina del sexto.
Tiraos a la cabeza el retrato de boda y
haced las paces con unas pocas
y enternecedoras lágrimas,
un buen polvo
y una botella de rioja gran reserva del 68.
Jodeos la vida (pero sin querer)
y volved a hacer las paces
con otras pocas y enternecedoras lágrimas,
otro buen polvo y un cava del 92.

Envejeced y engordad juntos.
Regalaos el *netflix* por San Valentín.
Compadeceos de los sintecho, los subsaharianos
y del vecino solterón del tercero.
Cantad abrazados el gol de la final
de la copa del mundo y...

Pero sobre todo,
sobre todo a estas alturas,
y si antes no lo hicisteis,
mejor no se os ocurra excavar demasiado
el uno en el otro,

pues muy posiblemente,
ni aun con todo lo vivido en común
(y no es por desilusionaros)
no tenéis ni puta idea
de quién es en realidad esa persona
que, desde cuando ya ni recordáis,
comparte y ha compartido
el otro lado de la cama,
unida a vosotros por la costumbre,
sobre ese colchón viscoelástico 2x2
de las rebajas del *Ikea*,
y tras aquella efervescente
y poco meditada promesa
del "hasta que la muerte nos separe"
y tal y cual...

Rock en Samil

Tarde de julio.
Despido voluntario y fulminante.
Finiquito urgente. Depósito lleno.
Un gramo de la buena
en alguna granja tapadera
del viejo edén militar.

Juventudes a tumba abierta.
Cinco canciones rockabilly
en el radiocassette: bucle sonoro
durante siete horas de viaje.

"Camarero sírvanos
el mejor bourbon de Texas.
Brindaremos porque ayer
nos separó ella
y hoy nos une esta botella..."

Dos amigos y una luna cómplice.
Carretera *Madrid-Vigo*. Tornado de risas,
sueños a medio cocer
y pseudomelancolías al dente.

Amanece. Dos sirenas en jeans
haciendo auto-stop.
4 cafés mañaneros. Playa de Samil.
Book fotográfico entre transparencias y salitre.
Una mansión abandonada
y amor travieso de un solo día
(el de verdad quedó en casa)
Al siguiente amanecer: un ¡nos escribimos!

Fernando, allá donde estés,

tú sabes que ocurrió,
(en realidad yo ya no estoy tan seguro,
pero qué más da)

"... nos vemos en el infierno:
el mejor sitio para dos pillos
que vivieron sus días con el dedo en el gatillo.
Me conocerás por mis botas de montar,
te conoceré por el negro Cadillac..."

¿Cadillac u opel corsa...?
(no lo recuerdo)

Y jóder, ¡qué pelota es a veces la luna!

(entrecomillado: trozos de las canciones *"Bourbon"*
y *"Pandilleros"* de *Dinamita pa'los pollos*)

Buitres en mi jardín

El día que Supermán se enganchó a la marihuana
en mi reino descorchábamos caprinos
desde los campanarios, aplaudíamos
el acuchillamiento de mamíferos astados
y practicábamos el harakiri (en vivo) a los cerdos.
Por aquellos años yo dibujaba sueños
y odiaba a los niños con olor a mierda de vaca
que chorreaban hostias tras la cerquilla
aledaña a un colegio de piedra podrida
(materia de los enlatados cerebros de sus progenitores)
En la primera cadena explotaba el espíritu
de la paloma en doble estéreo
e improvisadas distorsiones a una sola mano.
Nuestros padres se emborrachaban
con vino de rosas y aromas de sangre seca:
solera que hervía la bodega de las parroquias obreras
y la festividad anual de la Casa de campo.
En aquellos años, a nuestros jóvenes mayores
aún les sangraban los himnos a capela,
se creían a pie juntillas la pirotecnia libertaria
y los anuncios musicados de *nocilla*.
Ya entonces se fraguaban cambios terminales
en el córtex de los barrios,
mientras al sur los negritos del *Colacao* se empeñaban
en seguir muriendo antes de los cuarenta.
La floreciente dislexia existencial ya presagiaba
el apocalipsis en los imberbes pechos.
La engominada hornada de los *lacoste*
acumulaba matrículas de deshonor
en evoluciones y ciencias políticas.
Los demás remaban hacia el horizonte
que dictaban el anti-inmovilismo social
y las feromonas de ocasión.

Más tarde, yo aún aprendía a abrocharme
los verbos en frecuencia modulada,
engordando a golpe de tendón y uña
la lista de mis futuros crímenes contra la humanidad
y la línea crediticia del Corteinglés.
A las estatuas se les cayeron los anillos,
a los armarios las puertas
y a otros el reloj del amor por las alcantarillas
de algún paraíso en rebajas.
Y Supermán, al fin desintoxicado,
estrellaba sus lágrimas de acero contra el techo
del planetario de su vieja ciudad technicolor.
Allá por mi reino aún se mojaban los sexos
y se empalmaban los miembros viriles
de los machos ibéricos
cuando un ser de cuatro patas doblaba el esqueleto
y derramaba su sangre por la tierra.
Pero por aquel entonces
todavía creía en superhéroes
que fundían con su mirada láser a los malos.
Muchos años después yo seguía digiriendo padres
y seguía escondiendo venas
y seguía dibujando sueños.

Avenida del Manzanares

Ayer marzo y las paredes mutantes
del piso apretaban más de lo normal.
Estaba anocheciendo. Como un zombie
salí a la calle con dirección al fondo
a la derecha de ningún sitio.

A mi paso
las gárgolas entrenaban sus artrosis de memoria
y religiosa urbanidad. Acabé tirando
piedras al río que abraza la ciudad.

Lanzaba piedras afiladas y mudas
como rayos o lágrimas perforantes.
Algunas por aquellos que ya no están
pero siguen estando.

Otras por todos mis errores insubsanables,
por la luz que pelea
en inferioridad militar contra el tiempo.
También por la puta dinámica de este mundo
o de alguna manera para salpicar a algún dios,
y otras solo porque sí.

En la otra orilla alguien lanzaba piedras al mismo río,
(vi piedras más grandes, ásperas
y mudas que las mías)

Nos miramos aproximadamente un minuto
parecido a media vida.

Crucé el puente.
Le dije que a veces escribo poemas raros
aptos para microondas.

Ella me contestó que conocía un bar
de los de antes,
(en el aire sonaban los *091*)

Y juro que anoche las estrellas incursionaron
por unas horas
en el lado suroeste de la *M-30*.

En verdad era un bar de los de antes.

Calle Orense

No sé quién dijo:
"Lo malo no es hablar solo por la calle,
lo realmente jodido es hacerlo en voz baja"

Y hoy, que los leopardos leen a Murakami
y sus canosos y obstinados puntos
han pasado de moda (solo son ligeramente
transigidos vistiendo *Porsches*,
invitando a coca mala y/o escondiendo
liposucciones irresolutas
entre los insomnes rascacielos de Benidorm)

Aún recuerdo tender mi hombro compasivo
a algún perdedor con buen fondo,
-casi lo único bueno que tenía,
como casi todos los perdedores-
mientras J. Iglesias se explayaba en en el *Pionner*
inteligente rumbo al viejo casino de la *A-6*.

Un *seat 127* levita sobre la Castellana.
The Jam, el carbón de los lunes floreciendo
en el patio interior de la casa de la abuela,
la diosa Cibeles encendida al himno triste
de *Los Secretos*, y las estrellas fumadas
desde aquella ventana amiga del Cuartel General.

Después noches en bucle y al filo, horizonte
móvil tras la *5ª avenida*, calibre 38
de almohada, versos e implosiones a contraluz,
los resentidos sabios del cachemir de *Milano*,
mis insaciables tigres del *Portobello*.
Tú (siempre Tú) y el *Don Juán*...

Y la pasión, alentando con discretos soplidos
y paciencia de santo esa tímida llama azul
que aún resiste en el lado oscuro
envejecer y afearse tantas
y tantas veces en el antro equivocado.

Quizás por eso que ya solo rezo al sabor de las pitayas rojas
en algún instante tropical de mis existencias
y dimensiones múltiples,
ladro como perro sin colmillos a las matemáticas
y maúllo cual gato en luna crónica a las tormentas.
A veces me dejo bailar y piso el suelo
que tú me cuentas, ya casi solo el tuyo,

porque de no hacerlo, fiebres ocultas
tras el ocaso y el voto útil
de la vida me podrían morder, me morderían
hasta no reconocer y reconocerme.
Y se reblandecería la bandera
de mi soldado sin bandera,
y se potabilizaría el ácido de mi sangre
hasta convertirme en la estatua extranjera e invisible

que sufre de agujeros negros y grita tan bajito
que incluso el coito de las palomas
sobre ella asesinaría todo el rock acumulado
en aquellos días,
cuando amé ese sol que arde,

... cuando intentaba despeinar,
como un tren hermoso, idiota y desbocado,
a cualquier flor especial que parpadeara
en aquel eléctrico jardín
del exoplaneta *Metro Nuevos Ministerios.*

El día X

Sí, está claro,
no eres Brad Pitt ni la Jolie,
pero eres resultón o resultona.
No eres Schwarzenegger
pero estás sano y aún tienes buenos músculos.
No eres Einstein
pero tampoco eres tonto.
No eres el príncipe valiente,
pero cuando se te nubla el miedo
eres capaz hasta de enfrentarte a dragones.
Tampoco naciste para mártir
pero menos aún para callarte.
Hoy en tu calendario pone que es el día
de cambiar el mundo,
y no valen internet ni gaitas.
Sabes que el quid de la cuestión
solo consiste en atreverte a abrir esa puerta
(con un final sin duda incierto)
... o llamar al jodido *telepizza*.

Los niños que no usaban cuentos

Los niños que no usaban cuentos
visten hoy magias a cuadros
a juego con el áspero dragón de su niñez.

Cuando perdidos siguen el rastro de cuentos chinos
sin migas de vuelta atrás.

Y es que tan gato de piso ellos,
tan yetis de parque. Tan delfines
y leones tramoyistas (a jornada completa)
Ellos: tan duendes galliflojos,
tan conejos tuercenaipes, tan orcos picalunas.
Tan alérgicos al rock...

Alas secas de mariposa y huesos por libre
cuelgan en la pared de sus habitaciones secretas.

Un dos, tic tac, un dos, tic tac...

Sus latidos de percusión desfilan
al croar de ranas perennes
y desencantadas. Enanos grandes
tras manzanas tóxicas
hipotecadas al árbol de los ojos hundidos.

Y viven y mueren.
Y mueren y viven
al son de banderas impermeables al viento,
de reinos piramidales
o brujas herederas
de algún holding de escobas.

Los niños que no usaban cuentos cazan hoy

ballenas invisibles
con sus afilados corazones
de estalagmita inoxidable.

Y son ese pirata cojo
y desfasado detrás del espejo,

y tienen raptor-socios con la boca enorme
llena de colmillos desmontables

y siguen apostando por el latifundismo
especulativo de la calabaza feliz,

invirtiendo hasta el último céntimo de sus sueños
en la industria cárnica del unicornio.

Par de dos

Le recuerdo bajo aquel uniforme *Batman style*,
veinte y algún años, el *astra* a la cintura
en el far west de la aurora madrileña
y un aviario roto en la cabeza.
Siempre una chica de ayer entre nubes
de vinilo y espuma. Pirámide de sueños en 3D

Gourmets de veneno dulce y angustias codificadas.
360º de paraíso y piel primaveral. Tuppers y *chester*
a media luz con café mecánico. Eran tiempos
de musgo, milagros al por mayor y amor por cable.

Carne de volcán. Menú de fluidos y tristezas
comestibles. Un entrañable desconocido mastica
versos burbujeantes y sangra estrellas con taquicardia
allá por sus mil y una crepusculares rendijas.
Cual búho flaco (o mosca kamikaze) duelen
sin vértigo los días vacíos surfeando olas
de asfalto a bordo de flamante *black corsa tdi*

La recuerdo, ángel en jeans. Sol puro en la noche
de moda. Pijama azul algodón. Desimagina cumbres
sin oxígeno, ríe causas con sabor a tierra y guindilla
sobre isobaras de hiperternura.

Ella hubiera hecho babear a la ONU
y a Wall street juntas,
al artista más top de cualquier generación,
al primer astronauta en pisar Marte.
Alguien decía:
"El desapego es la vacuna contra el desengaño"
-Boys don´t cry-
pero los héroes eléctricos mueren

una y otra vez al contacto con el suelo.

Tronaban oscuras guitarras en el pecho frágil
y entre radioactividades de cremallera
mientras aceleraba incontrolable un viejo reloj
de arena con vocación de alud y desguace onírico.

Juntos descubrieron que el único amor es
aquel que sobrevive a los posos del alba,
que el abismo se cocina a fuego muy lento
y sabe mejor en buena compañía,
que la red asesinó a la luna de los hombres lobo
o que el cometa Halley transporta
horizontes sin terminar y almas de perro.

De listos e idiotas

Richi siempre supo predecir el tiempo.

Por influencias paternas -según se dice-
también sabía hablar chino,
(al menos para hacerse entender
en aquel primer y valiente restaurante oriental
que desembarcó en el pueblo)

Y cómo no,
desde muy joven le pusieron el mote de "el chino"
en aquel municipio a 30 kilómetros (o a cien mil
según otras magnitudes espaciotemporales)
de la gran urbe.

Siempre supo también encajar
con insuperable estoicismo toda clase de vejaciones,
hostias e insultos.

Algunas veces se atacaba y convertía
en un muñeco ridículo y torpe,
(... más torpe aún de lo que ya era),

como un muñeco que arrojaba lágrimas
ardientes, inútiles y furiosas,
como un pequeño y regordete dragón,
acorralado y provisto de un fuego imprudente
e incoloro que a nadie quemaba
pero del que todos se reían-

Y entonces su mami se quejaba
a las autoridades competentes que tampoco veían.
Al día siguiente volvía a predecir tormentas
(y a veces acertaba)

Hoy recuerda todos nuestros nombres;
su expresión transparente, su eterno gesto
alegre, sin rencor a nada ni hacia nadie.
-Richi, ¿qué tiempo va a hacer mañana?
-Ay, Fermín, ¡qué cachondo eres!

Pero ya nadie se ríe de él.

Se sientan a su lado, le saludan y le sonríen
desde sus miserias, con sus miradas idas y torpes
(como de viejo perro arrepentido)

Y a menudo esos mismos tipos de antes,
con un nuevo *upgrade* parecido al respeto
le preguntan por el devenir de las nubes

e incluso le pagan la coca cola.

El ladrido mudo de Einstein

No, el tiempo no es la pastilla mágica
contra el error original de la humanidad.
Como tampoco es la nanotecnología biogenética
aplicada o el zen-coaching en bici
y su puta madre el *PIN* de la felicidad esquiva.

Pues somos la tozuda y torpe razón
que justifica el imperio de la roca.
El infatigable isótropo que husmea
alquimias bajo la almohada
versus el frío antídoto darwiniano.

Y es que el hombre precisa de señales
ajenas y embaucadoras:
Como una cinematográfica aurora violeta
al anochecer, que trasgreda
todo el hielo del mundo;

el eco de una guitarra eléctrica
en modo himno rabioso, capaz
de dilatar la sangre y calentarla
a temperaturas incómodas para cualquier hábitat
hostil a la luz y la vida.

Pero tampoco hay que subestimar el doble filo
de estos estimulantes emocionales.
Porque ya sabemos que la mente humana
es adicta a alimentar, a patentar epístolas marcianas
donde solo hay una *rave* de luciérnagas,
y pequeños armagedones que utiliza la naturaleza
para renovar el frágil orgullo de la jungla,

para que las asustadas y/o ambiciosas bestias se sientan en la necesidad

de engendrar más asustadas y/o ambiciosas bestias
que perpetúen la teleserie.
La chula arquitectura social
con sus pirámides de prorrogada estupidez
y sus áticos *skyline* que irritan los genitales
de las nubes y los ángeles proletarios...

Así los alemanes y los japoneses
son tan perfectos, pero un día otros alemanes
y otros japoneses decapitaron de un tajo
el corazón del mundo.
Así los yankis clavaron su bandera en la luna,
pero necesitan todo el ruido y el plomo
del séptimo de caballería bajo el retrete.
Así los romanos modernizaron el planeta
pero crucificaron al genoma base de los sueños.
Así los comunistas en su derroche de roja utopía
calcinaron el horizonte verde del pueblo.
Y así Einstein fumó de la hierba de Dios
pero despertó el infierno en cuatro dimensiones,

y ni siquiera pudo descubrir
por qué a estas alturas el *Gran Crupier* aún admite apuestas
o por qué el mejor amigo del hombre
siempre será ese peludo y cuadrúpedo ser,

llamado, de manera ciertamente simple
y poco imaginativa, "perro"

Domingo de toros

Una soleada mañana de enero
paseo con Ángel por el campo

Las rocosas montañas de la Pedriza madrileña
sueñan con la nieve de otros tiempos

Tras una deprimente charla sobre el estado de la sanidad pública
y tempestades óseas en los cincuenta
le entra el gusanillo de nuestros infructuosos debates políticos

Mira cuántos toros qué felices se les ve son bravos

Sí son hermosos

Si fuera por algunos (se refiere a los supuestos míos) *se extinguirían*
por la prohibición de la tauromaquia

No hay porqué le respondo *nadie torea tigres águilas ni chihuahuas*
y no se han extinguido aún

Ya pero esos animales no se torean y los toros bravos
solo existen para torearlos si no nadie los criaría (me dice)

No debería ser así son animales bellos y pueden vivir
en muchas fincas vacías para ser admirados
por caminantes como tú y yo
y además ningún ser sintiente debería existir
para que su sufrimiento y muerte sirvan de diversión a nadie (le digo)

Antes de que me suelte lo de y el aborto qué
y yo le diga que no tiene nada que ver
y que deje de repetir todo lo que dicen (los suyos)
en las redes sociales

y él me diga que eso ya lo decía él desde siempre
me da por pensar que quizás solo existimos
para que nuestras breves existencias (en magnitudes universales)
y sangrienta historia humana
sean el espectáculo dominical de algún creador
poco empático y muy morboso

Mi buen colega ya me suelta lo de y el aborto qué
y yo mientras miro una vez más a los hermosos toros
ajenos a su destino pastando en paz e interactuando entre ellos
en su lenguaje de toro bajo el azul intenso del cielo
esta mañana de enero sin nieve en la sierra

y luego miro a ese mismo cielo
con cara de pocos amigos y me llevo las manos
los dedos las uñas a la cabeza
como afilando mis artríticos e invisibles cuernos
de rumiante bípedo exidealista y cincuentón.

Uno de piratas

Naufragado amputado y abordado
una y mil veces
Se desbarata el sol en este tugurio
portuario entre dos mundos
No se escucha ya su canción
ni la voz de ella entre la espuma
o en el remolino sordo y voraz
de sus noches

Viento a presión
Lluvia trucada en las venas

Apretando mandíbula las muelas últimas
se parte el alma por la mitad:
La vida es un bocado jodido y agridulce
por el que no vale la pena
gastar demasiada saliva
solo unos sorbos de buen bourbon para tragarla

Eso pensaba el vencido pirata Drake
antes de intentar arrancar la oreja
del cabrón y petulante tabernero
(con estetoscopio al cuello)
mientras una vieja arpía vestida de blanco
le clavaba a traición
un misil de valium en la nalga derecha

Junto a él un pequeño y alegre beagle
de nombre Rufo
al fondo peces voladores sobre olas amables
llenan ahora el mar ingrávido de sus ojos.

De gorriones, tocino y la velocidad de la luz

De entre mis múltiples observaciones existenciales
hoy deduzco:

que los gorriones de ciudad son más osados que los camperos,
adaptándose mejor al medio extraño
y empatizando en mayor medida
con especies distintas a la suya.

Que el lobo feroz, el oso amoroso y el lince glotón
son radicalmente exterminados,
de común acuerdo, en ambientes rurales
no protegidos,
al igual que cualquier ente nuevo
que interfiera de forma inmediata
en la bucólica rutina del gran jefe humano.

También
que el pan de pueblo está más rico y es más sano.
Que ahí no residen miniperros con bufanda ni jerséis,
y sus pintores y poetas son retratistas encarnizados
y líricos hasta la extenuación de su entrañable hábitat
(o que en el campo el feminismo resulta castrante
y atenta contra el entramado supervivencial
de la feliz familia *Ingalls* de turno)

Pero por otro lado, el tiempo, visto a largo plazo,
es más próvido cuando corre más despacio.

Asimismo y sumergiéndonos en latitudes
de carácter biosociológicas,
se diría que las apreturas demográficas,
la polución atmosférica y el stress,
a pesar de la machacona y estúpida publicidad reinante,

exprimen más las neuronas,
aunque a la vez complican y acortan la vida
(pues el paraíso rural tiene más efectos
conservantes que los ultraprocesados
para microondas del jodido *Carrefur*)

Lo cual, matemáticamente hablando,
nos llevaría a que X e Y son como *E.T*. y el oso cavernario,
o sea, que uno tiende al infinito
y otro se duerme en él.

O finalmente y expuesto de manera más sencilla:

que los gorriones de pueblo nunca probarán el sushi,
y aún menos verán un concierto de los *ACDC*
mientras disfrutan de una bonita sesión
de sexo oral desde un balcón de la torre de enfrente
y junto al hocico arrugado de una gárgola bicentenaria,
colocados hasta las cejas
de monóxido de carbono y NO2

gratis bajo la luna.

Después

Después que nos estallen los ventrículos y las pupilas,
cuando vomitemos las velas y tres mil navidades de nieves rosas
y terciopelo roído.

Luego que los niños manchados del destino
aneguen de carroña nuestras conciencias de papel mojado
y nuestros mudos hermanos
nos rompan las tripas en su corredor de muertes inoxidables
sin ley ni luto.

Cuando los pobres adoren a sus mesías de látex
y los idiotas que maman de las venas del monstruo
se extingan en el plasma del viento.

Cuando los robots de carne colapsen entre gigatoneladas de ego y ceniza,
y un verso disidente y caprichoso taladre
el plástico de sus bramidos
-y sus desafinados cantos- al eclosionar la mañana...

Entonces mi mundo será catarsis de luz,
decreto de futuro,
emplumado dios apache,
deshorario de trenes,
humo azul...

Y mientras:
Ahogaremos con nuestro aliento la displasia y
los retrovisores de los autobuses urbanos,
follaremos como olas y medusas sobre la arena de un cristal vengador e irrompible,
y fumaremos ocasos rojo guindilla
en cualquier playa anochecida y desnuda...

Y mientras

mi poesía sudará música triste al espejo de tu voz.
Y cada instante
y cada sol,
y cada aliento,
y en cada piel,
y en cada piel
será flor que muerde al desierto.
Séneca descifrando sueños de mariposa
Dylan mandando callar al abismo.

El nudo anclado en la garganta
de un hombre que mira las estrellas
con fe de cucaracha
y lágrimas de dinosaurio.

La felicidad, Alexandra y aquel viejo tema de los Queen

La felicidad es como ese amanecer
tras una noche de Oscar al mejor guion
donde tañen todas las campanas
y relumbran más que nunca los colores;
donde, como un cosquilleo, sientes
en tu piel veinteañera
el resuello de las flores y los árboles,
y sus hojas parece que aplauden
a tu paso.
Y luego ese amanecer
en el que los pájaros cantan solo para ti,
las mariposas mueven el aire para ti,
y el humo de un cigarro compartido
huele a libertad, a ascua de encina y a Channel.
Donde los acordes de viento primaveral
entonan la más bella e hipnótica
banda sonora que impregna
el lienzo impresionista de un paisaje
que corre como a cámara lenta,
emborrachando los sentidos,
cual orgasmo múltiple
con sabor a eternidad y a fresas.
Y ese mismo viento te besa la cara
al entrar por las ventanillas de tu Renault 5
al que le han crecido alas
(como las que le han crecido a tu pecho)
Y se abulta la camisa
y también tu pantalón,
mientras ejecutas con tu mano diestra
la vuelta de reconocimiento
por las carreras de las medias
bajo la minifalda a cuadros
del joven bombón de ojos de luna rota

y miel,
de ondulada melena negra
similar al azabache
que llevas de copiloto,
(quien a su vez juguetea con sus traviesos
dedos con los botones de tus jeans).
Y el viento
y el paisaje,
y los pájaros
y Alexandra,
Alexandra y tú,
melosamente abrazados,
surfeando el asfalto
en libidinosa y bendita comunión
igual que la espuma a las olas,
o la arena al desierto,
Y aquel viejo tema de los Queen
sonando en el radiocassette del *R-5,*
que penetra hasta la última célula de tu cuerpo
y te estremece
cual coro celestial de guitarras.
Todo ello confabulado en una sinfonía
sublime y perfecta compuesta
solo para vosotros dos.
El paraíso, el nirvana, ¡el Top Ten de la felicidad!
Y los fantasmas del pasado,
y ese reloj que empieza a apretar tu muñeca
y algún día correrá más veloz
que un Redbull,
más la inminente confirmación
de que el egoísmo y la estupidez
son los eslabones centrales
y esenciales del adn humano;
y la vida, la muerte, dios,
la paz mundial...
todo ello son ahora conceptos sin importancia,

porque la luz de todo el universo, el Big Bang
ahora están dentro de ti,
en ese instante anegado de divinidad,
en ese mágico amanecer.

La infelicidad es el mismo amanecer
pero veinte años después,
con otros pájaros,
otras mariposas,
otras flores,
otro aire
y otra luz.
Viajando en un desahuciado autobús gris
a juego con tu ilusión,
camino de una sucia fábrica
incineradora de residuos oníricos
que apesta a cruda y podrida realidad.
Soportando la infumable antología
de chistes matutina a modo de monólogo
de ese cabrón encargado tuyo
de abultada panza.
Donde la jodida hipoteca,
la dolorosa sodomización en seco
a la que te someten los vampiros
y garrapatas del poder día tras día, año tras año,
la pensión a tu ex,
tu acidez de tripas y de alma,
al ver ayer por internet las imágenes
de unos hijos de puta antediluvianos
de la República Olímpica y Popular de China
despellejando vivos a miles de perros y gatos
en una granja de pieles de Shandong,
tu adicción a todo tipo de sustancias
químicas y alquímicas para no pensar,
junto con la profunda apatía existencial
que, como una telaraña-nido de voraces tarántulas,

se te pega y reproduce por millares
en los congestionados túneles de tus venas,
son ahora realidades de creciente importancia;
Y encima las noticias sobre
el hallazgo de no sé qué gen,
que produce hemorroides, 7 tipos de cáncer
distintos y calvicie galopante
a los amargados, solterones
y pesimistas crónicos como tú,
sonando en el *pionner* del autobus
para arruinar tu breve pero profunda
cabezada
en la que volabas de nuevo,
desabrochando el horizonte con aquel *R-5*
de tercera mano,
y la tuya, navegando sobre
el bronceado y terso muslo de Alexandra,
aquel joven bombón brasileña
de ojos de luna rota y miel,
al ritmo del *"Bohemian Rapsody"*
de los Queen...

Primavera del 2025 dc.

Primavera del 2025 dc.
En la tele jóvenes y repeinados neoliberales
ondean las banderas del partido
envolviendo a su exaltado (y sudado) líder.

Bombas de granizo quiebran las lunas italianas y croatas.
A nueve horas de avión
los osos polares no ven hielo donde poder ser osos
(y no peces o medusas otra vez)
Las aves tosen una tos universal y contagiosa.
Y los nuevos gurús del odio regurgitan brillos
del viejo orden a sus hambrientos cachorros.

Conduzco mi coche en medio de un atasco infinito.
El aire acondicionado es hoy aliento de dios
Millones de conductores sienten el aliento de dios.
Millones de no conductores exigen su propina
de agua y aliento acondicionado.

En coloridos escenarios del primer mundo
ardientes patriotas ondean sus banderas
cual mágicos abanicos de neofelicidad
retando al cielo azul y su ninguneado ozono.

Las calientes mareas mediterráneas arriban a sus bellas playas
madres e hijos subsaharianos -inertes y por separado-
USA (al fin generosa y solidaria) exporta gratis
su stock de tornados al resto del planeta.
África exporta sus dunas más gratis aún.
Y el dragón chino negocia su alma con intereses.

Los pollos industriales son sacrificados en masa
(pero mueren guiñándose el ojo unos a otros)

Mientras,
el diablo cruza el charco atlántico hacia el Este en su jet de fuego.
-La azafata *reich style* del diablo descubre
su muslo tatuado con un corazón de CO2 y uranio,
y descorcha el champagne en una cubitera
con hielo ártico (a modo de broma)-

Yo subo la música del auto
(en este mismo momento suena
beds are burning de los *Midnight Oil*),

y entonces amo a los buitres que planean en el cielo
y a mis vecinos conductores
y a los árboles que resisten
y a mi fe que no
y a mis aminoácidos expectantes
(y adictos al plástico)
y al sol de la tarde
y a las estrellas que no se ven,
y amo
y amo (todavía)
en medio de este atasco infinito.

El último cigarro

El último cigarrillo. Sí.

Porque hoy al fin vas a dejar de fumar.

11: 57 pm
Puede que de un 24 de octubre.
La última calada de ese humo tóxico y mortal,
sucio y a la vez entrañablemente
balsámico y embriagador.
Abrigo y testigo de tantos y tantos momentos.
Momentos gélidos, momentos
calientes, irrepetibles, reveladores...
(o momentos que simplemente llenaban
día tras día el álbum de tu existencia)

Y hoy, ahora, es el último.
Sí, ¡el último de verdad!
Y hay que olvidar: matar tu yo fumador.
Quieres convencerte que este último
sabor a tabaco en tu paladar es asqueroso.
En un minuto correrás a lavarte los dientes
y enjuagarte la boca.
Y al mirarte al espejo serás otro Tú
distinto (en versión mejorada)

Y ese elixir bucal es el instrumento,
la herramienta, el arma,
la metáfora del cambio,
la varita mágica para el renacimiento de un nuevo Tú.
¡Pero no!, no es solo dejar de fumar.
En el fondo sabes que es algo más.

Una muerte y un nacimiento nuevos más.

Y es que morimos y nacemos tantas veces
a lo largo y ancho de nuestra vida...

¡Y otra vez más!

Como la última (y definitiva) discusión con esa chica,
ese último y cariñoso polvo de despedida,
ese último y ultratierno beso.
Y después lo vuestro habrá muerto para siempre.
Ya nunca más seréis ese "Tú y Ella"
(envidia insana de tantos y tantas
a lo largo de vuestra relación)

Ahora si acaso seréis amigos (no te engañes,
casi nunca resulta).
De una sola bala imaginaria habréis asesinado
vuestro Vosotros,
¡aquel inexpugnable "Vosotros y el mundo"!
Y con él vuestro inagotable deseo,
vuestra complicidad única,
vuestros mil proyectos de futuro en común,
y hasta aquel inolvidable y surrealista aniversario
vuestro en Roma (relato estrella obligado y
multirrepetido en las reuniones
ebrias y trasnochadas de amiguetes)

Ahora eres un nuevo Tú, y Ella es una nueva ella.
Como recién nacidos.
Nacidos: tú a otros poco posibles
"Tú y Ella"
Y ella a otros muy probables
"Ella y él"

Porque dejar atrás algunas cosas
siempre es morir un poco.
¡Y es que son tantas y tantas muertes durante la vida!

Como cuando dejas ese trabajo (después de 20 años)
o cambias de casa,
o de ciudad,
incluso al jubilar tu viejo y fiel coche
(más duro que un tanque)
y que era más que un coche.
O cuando te deshaces (a regañadientes)
de aquella inseparable y destrozada chaqueta de tu juventud,
que hoy, desde las oscuras entrañas del armario,
te parece más que una simple chaqueta.

Y también están esas otras muertes
(las más dramáticas y cabronas):
Ya nunca más "Tú y tu Amigo"
Ya nunca más "Tú y tu Familiar"
Ya nunca más "Tú y tu querida Perra (golden retriever)"

Y en todas esas muertes tú también mueres.
Siempre igual: Morir y renacer.
Renacer para luego volver a morir.

Cual recorrido por un parque temático
de primeras y últimas veces,
o de muertes y renacimientos. Tras cada calle,
tras cada esquina, en cada puesto y atracción.
-O como en aquella pelí de bucles temporales
en que el protagonista la terminaba cagando siempre
al final, una y otra vez,
por más que hiciera esto o lo otro
(hasta el día que uno la caga de verdad
y del todo, claro)

Y eso al final cansa. Eso agota lo indecible.
Y un día te rebelas de morir
y de volver a nacer tantas veces,
y de volver a nacer

para luego volver a morir.

Pero aun así, todavía no quieres abandonar el parque.
Porque te has convertido en un superviviente de muertes
y renaceres: Un auténtico profesional
de primeras y últimas veces.

Entonces aplastas, no sin cierta tristeza y cariño,
la colilla en el cenicero,
y corres a cepillarte los dientes.

Y al volver a la cocina
ves una antigua nota suya aún pegada en la nevera:
"cariño, compra naranjas para el desayuno, porfa"

La despegas, la lees, la relees,
y te quedas mirando la palabra *"cariño"*
(con esa típica erre suya tan ilegible y graciosa)
Y sientes pena,
y dolor,
y odio (sobre todo hacia ti)
y rabia,
y más pena.
Y finalmente, en un gesto absolutamente estoico,
la conviertes en una pequeña
y arrugada pelota de papel,
y la arrojas al jodido y santo cubo de la basura.

Ahora eres otra vez un nuevo Tú,

un recién estrenado Tú:
Un Tú renacido,
pero también un tú más muerto.
Y de repente te sientes más pequeño,
un tú en minúsculas
(y sin humo)

... un tú de mierda.

Y te empiezas a ver más invisible,
más y más invisible
a cada hora,
a cada minuto,
a cada segundo que pasa,

(aunque al salir a la calle
los demás te vean,

te sigan viendo

igual que siempre)

El orangután

¡Qué mono que es!, (y qué feucho también)

¿Has visto cómo se espulga con sus hermanos?
¿cómo se acurruca entre las palmeras?
Malpeinado. Con esos brazos de aquí a Lima
y las plantas de los pies tan sucias, tan callosas...
¡Qué tierno el animalito!

Y esa cara, hecha para la típica caricatura fácil
(cual logotipo de dibujo animado
en los envases de galletas para niños)
¡Ay, esa nariz aplastada...!
Si hasta parece un hombre de otro tiempo,
castigado por algún dios infantil, chistoso,
hijoputa y retorcido.

¿Y qué,
qué me dices de esos ojos, juntos y redondos
como monedas oscuras y de escaso valor?
(y sus ademanes ridículos)
Seguro que ni en tres mil años sería capaz
de apreciar mínimamente la sublime metáfora
que subyace tras un empalagoso poema de amor.

Se diría que es un lapsus de la naturaleza:
un triste equívoco de la evolución.
¡Hay que ver!, ¡con lo gracioso que era de pequeño!
(si hasta la mujer de tu primo parece más lista)

¡Y encima, el muy cabrón, se atreve
a enfrentarse él solito, y a manos desnudas,
contra esa enorme máquina de acero

(y fabricada en Alemania)
para defender su puto árbol!

¡Y encima osa dar a los humanos
una lección de dignidad y de valentía!

¡Ya le vale!
¡Quién se creerá el jodido mono que es!

Valiente idiota;
en vez de buscarse un nuevo trozo de selva
en algún otro lugar...

¿No entiende que el aceite de oliva está por las nubes?
¿y que a los pobres indonesios les sobra verde
y también tienen derecho a subsistir?
¿A quién le puede extrañar que termine
disecado o en un zoo
el resto de sus miserables días?

La calle 15

Infiltrada bajo la piel
la tormenta les volaba
como en un viejo tema tecno pop de los ochenta.

Una chica en el chalet de la calle 15.
Siempre hay una chica (o un chico)
en algún chalet de la calle 15.
-Y sangraban a borbotones
Bohemian Rhapsody
o los *Leño* sobre el pupitre
de aquel segundo de BUP.
entre cauces ultraurgentes-

En otra calle, a cien horizontes
por esquina, levitan
diosas en topless clavadas en la pared.
Un templo de terrazo mate
y esa brisa recurrente
con olor a rueda de ciclomotor y vinilo.

En la calle 15 todo se urde
a base de silencios. Las brillantes pieles
de animales muertos
crían dientes y muñones de abismo.
Cruce natural después de la nieve primera.
¡Y qué puta es a veces la aurora!

Autopista de luces imposibles.
A este lado de la ciudad arden los minutos
en una danza paralela entre olas agridulces
y relámpagos en polvo
rugiendo tras papel doblado.

Y al final:
otro rastro de estrellas muertas
por los márgenes,

ese regusto químico
con el mejor color de la noche
vomitado hasta el infinito.

Traspasados los límites del sueño,
desde algún ayer rabioso,
último y polar: Amanece
el mundo sin subtítulos
y una calle cualquiera de Madrid,

... casi como en una vieja canción de *Los Secretos*.

El vigilante

En aquellos días de vigilante
el corazón repartía sangre con la genial
exactitud de una máquina del futuro
prohibida por los incuestionables y decrépitos chefs
del lugar y el momento.

Noches de pladur, café y uralita,
otras de neón y decibelios cómplices,
en aquel reino de muertos vivientes
sabían a pócima amarga (elixir divino
de piratas kamikazes y contrabando)
junto a intermedios de cerveza rubia
de grifo y bourbon. Zonas eternas sin sol,
y entre las mugres de soledad y graffiti,
siempre alguna buena chica sin nombre,
guapa, enganchada y puta,
(en la mirada, una tormenta eléctrica
clavada hasta el tuétano de sus ojos)

Era la lírica del amor al desamor (o la épica de la cucaracha)
Y los versos, insultantemente torrenciales,
llovían ajenos a las leyes de la intransigencia
en versión *punk&garage*

"Cuando la vida es un himno no la estropees,
ya lo hará ella sola",
dijo el duende maligno y arrepentido
que esta medianoche agoniza
sobre la playa de un mar en bucle.

Y a ti, que sabes de qué va esto que digo,
te pregunto:
¿Saboreaste la avenida vacía

y vestida del silencio más dulce
que jamás escucharás?,
¿te enrollaste con la luna sin tren de aterrizaje
y a vena descubierta?, ¿ordenaste a los peces
y a los grillos que nadaran y cantasen
para vosotros en aquel rincón privado de río
entre el tráfico infinito de la Urbe?,
¿o quizás te fumaste tu rutilante presente
hasta escupir los pulmones...?

Y hoy la ciudad, con su alzhéimer lógico,
el estadio recalificado y en ruinas
(como tu factoría de sueños),
el metro de la Plaza, que ya no huele a metro,
esas canciones, que ya no encienden nada;
la lúgubre y crujiente ex-embajada filipina
(ahora hotel mil y una estrellas)
o aquella discoteca en el sótano de la memoria,
antiguo templo de aquel joven emperador
con camisa a rayas azules y blancas
(ahora en venta y liquidación
como nuestro vademécum de verdades-burbuja)

Luego el sol siguió cayendo,
cayendo,
y cayendo...

Y el vigilante que ayer contaba estrellas,
hoy cuida sombras vía satélite y abre,
mecánicamente, la puerta del viejo casino
a cambio de generosas propinas
a elegantes dinosaurios:
crueles y encarnizados asesinos de grillos.

Veneno

¡Qué bueno!,
pretendían que me creyera su cuento
y su párvula alquimia...
Seguro que no sabían de mi antídoto;
y es que
no hay mejor antídoto contra un veneno
que otro veneno más potente.
Pues el veneno no siempre es letal
ni su toxicidad tan simple
como la gran mayoría supone.
Tóxico son otras muchas cosas
que no precisan ser ingeridas
o sin fórmula explicada.
Tóxico es una media verdad.
Tóxico es una calle sin salida
y tóxico es una salida siempre a la misma calle.
Tóxico puede ser una flor
de colores rabiosamente bellos
mezclada en la sopa,
tóxico es una sopa
para cien estómagos vacíos...

Terraza del *Portobello*.
Centro neurálgico de la Justicia de Madrid.
Mañana primaveral del 2002. Lunes.
Tres piratas millonarios y otro pirata novato
se juegan a los chinos 500 euros en birra,
cava, ostras de primera y bogavante.

Letrados, procuradores, sus señorías,
camareros con dotes de Spiderman,

dentro algún famoso imputado;
dos rubias lucen nariz nueva & bótox,
y un trasojado deudor que discute
en voz baja sobre cielos desaprovechados
y duendes malignos en manada
con su caña de cerveza y unas aceitunas.

¡Marchando seis de arroz con maravillas
de las costas del noroeste peninsular!
El espléndido sol entre espumas
contradice a los agoreros del desastre,
a las noches-lapa y sus roedores del sueño.

-Amigo, el bicho justo donde estaba,
(me dice a la carrera Javi)
Le doy, sin bajar la vista, uno de veinte,
(hoy me he librado de pagar la fiesta
y antes hice el mes en un par de horas)

Un mensaje de ella en el móvil,
sonrío al sol y él me devuelve la sonrisa.
Dos chicas *vip* avalan la sonrisa del sol
desde el portal a mi derecha.
Arranco la *Honda*, el horizonte se abre;
el futuro cómplice me cede el paso,
la ciudad resplandece
y el veneno me recorre
dulce, dulce
esta mañana de primavera.

Fin de semana

A veces ocurre que el mundo gira
alrededor de una postrera pizza 4 estaciones
(tamaño familiar) sobre una pequeña mesa de salón
y entre un desangrado ejército de vidrios.
Ese cenicero que amenaza con hacerse cordillera
y un par de bolsas vacías (en las que antes cupo
un gramo de cielo en polvo procedente
de algún ejemplo de paraíso terrenal fallido)

Cuatro piratas ebrios con las pupilas como soles
que detienen la obligada rotación del planeta
dejando a la luna en *pause* durante 48 horas.

Donde la prehistoria es aquella tarde
que su amor definitivo les dejó
por su amor definitivo.
Donde una pandilla de ilusos treintañeros
siguen creyendo en el día *H* del mes uno
del Año de la Cabra, y en que otro día de estos
los mares se van a abrir a su paso
con solo mojarse los labios
y entornar estudiadamente la mirada.

Una banda de entrañables idiotas creyéndose
los amos del tiempo, domadores de abismos
impermeables a lanzallamas sociales y ultimátums
de tormentas definitivas, que vienen acompañadas
de fondo por alguna banda sonora de canciones
electrocardioscópicas de autores igual de idiotas.

Creyéndose los James Dean que sabrán frenar
a tiempo de su generación,
más listos que el chaval agobiado e imberbe

que trajo la pizza en su moto quinta mano.
Los protas de la peli.
Legítimos Señores de algún zodiaco
o universo paralelo a esa franja horaria
en que la coherencia y los desvelados vecinos
telefonean a las autoridades.

Y al ir al baño el espejo se empieza a reír de ellos;
y por el grifo del lavabo se escapa un mensaje
urgente de la oficina de sueños perdidos,
de algún monstruo aguafiestas
con la cara de sus viejos, de esa o ese ex
(reconvertidos en estatua de hielo)
o de alguien con casi su mismo rostro
años atrás

disparándoles verdades carnívoras
y misiles de realidad entre ceja y ceja:
justo al centro de todo aquello que aún pudiera
conservar un mínimo atisbo de lucidez
y cordura a esas inescrutables horas
de un glorioso fin de semana cualquiera.

El hombre indiscernible

Y cada día vuelve a cargar el revolver
encasquillado de los épicos duelos bajo ese sol
que siempre salió a traición y de cara,
de las promesas que nunca se presentaron
o cuando extravió la dirección hacia la derrota
de los niños-héroes anónimos que siempre
llegan tarde a la cita con uno mismo,
... de los que pierden un trozo de nombre
a cada paso, a cada silencio,
al silencio que se hizo catedral
en una ciudad que se hizo de repente
y para siempre noche.

Y morirá frente a ese vil espejo sin memoria
y con las zapatillas de andar por casa, sólo,
junto a la alfombra que nunca arrancó.
Le erigirán santo de algún sábado sin sexo.
Le harán un funeral sobre la otra soledad
de las hojas sin árbol, en el templo de los sin espíritu,
y esparcirán sus cenizas
sobre la estela gris del bus de las 7:30

El hombre indiscernible hoy
dobla esquinas y las titula
en su desteñida carpeta de hombres indiscernibles.
Acuerda desacuerdos con estricta metodología.
Imagina salvar sirenas encalladas
en charcas nadadas solo por él.
Se crece ante lunas portátiles, en teleseries sin fin
o en convulsas galaxias de barra.
Y aterriza cada tarde a la misma hora
sin paracaídas ni reminiscencias de ningún planeta viajado,
(entonces vacía versos en madejas

de desquiciada sobriedad conceptual)

El hombre indiscernible regatea insolvencias
e intercambia apocalipsis de oídas,
otras veces se muere de luz
y disloca la articulación de su condena
urdiendo tesoros de asfalto a punto de nieve
bajo las aceras de la gran avenida,
o entre olas de café y humo mágico
que simulan verdades en códigos aún por inventar.

Entre conclusiones inconclusas,
escombros de brillos arrugados
y un fuselaje de dudas
se sube a un cielo paralelo
cuando el mundo se expande sin piedad
hasta chocar con alguna descatalogada canción
de juventud
y recaer sobre el solar de sus fallidos paisajes
de acuarela húmeda.

Este tipo adolece de primaveras
frescas y volcanes en actividad.
Alimenta ciudades de palomas íntimas
con fanatismo y lágrimas de pan duro,
y cena sueños de cama con princesas despechadas
(y alitas de pollo) en el crepuscular salón
de cualquier miniedén 24 horas
cuando empiezan a cerrar la cordura
y a morder los neones. Luego

el hombre indiscernible enfunda sus dardos miopes,
se arropa en su manta fiel que le ciñe
pero no le pregunta y muere,
muere de realidad, vuelve a morir
hasta despertar a un nuevo

e indiscernible día.

La vieja embajada

`

Hay historias que solo se pueden -o se deben- contar mucho tiempo después de que hayan ocurrido; en esta que a continuación os voy a contar obviaré los motivos de la tardanza, pero si a alguno o alguna os pica la curiosidad quedaos simplemente con que en aquellos tiempos aún estaba lejos mi afición por escribir nada que no fuera la lista de canciones - que grababa en en las carátulas de las cintas de casete - en cualquier equipo de música de la época, o lo que es lo mismo, con su tocadiscos y sus dos entradas para cintas de casete ... por supuesto nada de cedés, pendrives o cualquier invento moderno. Además, mis estimados lectores, ¿quién coño tiene tiempo y ganas de escribir historias y batallitas cuando su vida en ese momento es una historia de aventuras continua y que se sucede a toda velocidad?

Y es que sí, mi juventud en líneas generales fue bastante buena y divertida, si lo expusiera en porcentajes, diría que el 85% de ella fue como un crisol o un cóctel de excesos y experiencias emocionantes, divertidas, alocadas (a veces también arriesgadas e irresponsables) e intensas, aunque también hay partes (ese otro 15%) más oscuras, decepcionantes, negativas o con fundados motivos para el eterno arrepentimiento, ... esas partes de algunos momentos y etapas de nuestras vidas que todos guardamos bajo llave, y que solo abrimos cuando consideramos que ya pertenecen a otros yos distintos o muy distintos al que somos después de mucho tiempo, y aún así algunas de ellas, por precaución, sentimiento de culpa o vergüenza, no las abriremos nunca.

Pues bien, estimados lectores, os pondré en situación:

acababan de comenzar los años 90, yo había terminado hace poco más de un año el servicio militar, había dejado los estudios antes de marchar a la *mili*, y básicamente me dedicaba a disfrutar mi juventud a tope, en el buen o mal sentido, (que cada cual juzgue según su criterio), pero claro, como no nací rico, también tuve que trabajar para poder costear mis fiestas y caprichos.

Antes de los 20 también había sido un buen deportista, incluso había competido con buenos resultados a nivel de selecciones en un arte marcial (taekwondo). Por demás, hijo mayor de padres separados, de infancia difícil, rebelde, sensible e incansable buscador de aventuras, placeres y problemas de todo tipo.

Al terminar la *mili* un teniente con el que me llevaba bien y al que impartí varias clases de defensa personal en el cuartel me recomendó una empresa de seguridad de unos amigos suyos. Trabajé en ella de guarda de seguridad únicamente alrededor de un año, pues un día me encontré a un conocido de mis tiempos de competición, que era la mano derecha de un tipo que tenía otra pequeña empresa de seguridad, y me ofreció trabajar con ellos, además de presentarme al examen de vigilante (un escalón profesional por encima del de guarda) con mejor sueldo y armado. Por supuesto no lo dudé y al poco tiempo ya estaba trabajando en su empresa.

La empresa tenía pocos vigilantes (menos de 20) y daba servicio sobre todo a discotecas, casinos y

a un gran equipo de fútbol de la capital (en labores de suplementarias de seguridad en algún que otro partido y vigilancia del estadio cuando no había partido).

Podría contar muchas historias bastante "movidillas" de mi corta estancia en aquella empresa - un par de años a lo sumo - pero lo dejaré mejor para otra ocasión ... o quizás no. Lo que sí os puedo asegurar es que si volviera a esos tiempos y a esa edad sabiendo lo que sé hoy, jamás se me ocurriría volver a trabajar en una empresa como esa, y a hacer lo que se suponía que debía hacer en ese trabajo, y disculpadme, amigos lectores, pero mejor obviaré más comentario sobre la cuestión.

Pero hay una historia especialmente interesante de mis tiempos en aquella empresa y que ya hace mucho había pensado en escribirla.

Resulta que la empresa tenía un servicio que consistía en vigilar de noche una antigua embajada de un país asiático situada en un barrio rico de la capital, y que había comprado una conocida cadena de hoteles, la cual había empezado a reformar el inmueble de manera integral.

Ese servicio era famoso y su historia servía de comidilla y "leyenda urbana" de los vigilantes más antiguos de la empresa.

Se contaba lo que le sucedió a un vigilante (no recuerdo su nombre) que había estado trabajado exclusivamente y durante más de dos años en ese lugar. Hasta dichos sucesos todo iba bien, sin nada demasiado especial que contar, salvo un accidente mortal que según me dijeron había sufrido un arquitecto en la obra, y que había fallecido al caer por un hueco de ascensor en desuso.

Para que os hagáis una idea la vieja embajada consistía en una enorme construcción a modo de palacete típico del centro de Madrid. Debía tener más 1500 m2 construidos, largos pasillos y más de 40 instancias entre habitaciones, despachos, salones, etc. en cuatro plantas incluidos los sótanos, donde algunos vigilantes de la empresa que pasaran de visita por el lugar, alguna que otra vez practicaban el tiro a la lata de cerveza o de coca cola (yo mismo lo practiqué alguna vez).

La construcción en L, que abrazaba a un gran patio central (posiblemente antiguo jardín), debía tener más de cien años; señorial, de estilo clásico y con buenos materiales, aunque su estado general no era muy bueno, y la madera que servía de esqueleto y sujetaba la casa y los tejados estaba ya en las últimas, seguramente víctima de la carcoma, la humedad y el paso de las décadas, en definitiva.

Una mañana el vigilante se encontraba en el patio. Estaba agachado limpiándose las botas del uniforme mientras daba la espalda y conversaba con un hombre filipino recién entrado en la tercera edad que vivía en la embajada junto a su esposa - una mujer de unos 60 años, también filipina - y que se ocupaban de cuidar un poco y limpiar por encima el mobiliario y las numerosas librerías repletas de viejos libros que aún resistían a la humedad, al polvo y a los ratones, además de atender y hacer algún recado a los obreros que llevaban ya un año trabajando en el antiguo palacete.

La intrascendente conversación entre los dos hombres - por lo que el mismo compañero vigilante contaría y juraría después a todos - de repente se vio interrumpida por parte del hombre asiático, y es que cuando nuestro colega se dio la vuelta ante el inesperado silencio, el viejo filipino ya no estaba.

En principio no le dio mucha importancia, supuso que se habría ido, aunque de manera ciertamente poco educada, a cualquier urgencia que de pronto hubiera caído en ella o recordado.

Lo que a este vigilante sí le sorprendió, le alucinó, le acojonó, y le hizo decir a los jefes que jamás volvería a pisar esa embajada, fue que tanto el viejo filipino como su esposa - con los que hablaba casi a diario durante más de dos años - nunca más volvieron a ser vistos por él ni por nadie.

Seguramente el haber escuchado a los nuevos dueños que muy probablemente en la vieja embajada había enterrados antiguos residentes y ciudadanos filipinos fallecidos en desconocidas circunstancias tampoco ayudó a tranquilizar un ápice a mi compañero.

El caso es que al quedar vacante el puesto de vigilante de la embajada, y que a los otros compañeros de la empresa tampoco les apetecía pasar las noches en tan ahora famoso sitio, pues ya os podéis imaginar, amigos, qué joven vigilante loco e inconsciente iba a ser el nuevo vigilante de la antigua embajada.

A todo esto la empresa atravesaba bastantes problemas económicos y de personal en aquellos momentos.

Se habían despedido casi la mitad de la plantilla, y era normal, pagaban poco y además la seguridad de discotecas no es para todo el mundo, ni mucho menos. Y el resultado de ello era que había días que tenía que trabajar en una discoteca de 8 de la tarde a 1 de la noche y después de seguido irme a la embajada a pasar toda la noche hasta las 9 de la mañana.

La verdad es que unos días llegaba demasiado cansado para preocuparme de supuestos fantasmas filipinos, y otros, de un contento subido gracias a las copas que me invitaban en la disco, y para ser sincero a alguna pequeña bolsita, regalo de algún compañero vigilante o de alguna amiga relaciones públicas (y menos públicas) que trabajaban en las discotecas, sin contar con alguna jornada que la pasaba bien acompañado; y es que mi amigo inspector me concedía bastante libertad en mi cometido laboral - en realidad no podían permitirse más bajas en la empresa - y el favor realmente se lo hacía yo a la empresa al hacer dobles turnos durante toda la semana.

No, no tenía ningún miedo a fantasmas, no sé si debido a mi superlativa inconsciencia juvenil o a que realmente nunca me han asustado demasiado las cosas del más allá, y no es porque crea o no crea en ellas, la verdad nunca me lo había planteado demasiado, al menos hasta aquel año.

Sí me mosqueó un poco la noche que me llevé a Keko, el joven y loco pastor alemán de 4 primaveras de Alfredo, la pareja en aquellos años de mi madre. Resulta que el animal era uno de esos perros que por su raza y por su educación - para ser exactos por la ausencia de ella - no paraba quieto y era nervioso y juguetón en exceso. Eso sí, la noche que le llevé conmigo a la embajada se metió en un rincón y por más que le animé a pasear y jugar, el pobre ni se movió en

toda la noche. Juraría que estaba acojonado.

Una noche de endiablado viento escuché unos ruidos muy fuertes y extraños en la planta superior a la que me encontraba; en realidad durante las noches allí yo solía echarme a dormir algún rato en mi coche, aparcado en el patio de la embajada, pero justo esa noche el cabrón de mi inspector me había pedido el coche, por lo que estaba en una sala amplia en la planta baja oyendo el último LP de los británicos *The Alarm* que había grabado en un pequeño radiocasete a pilas (en la mayoría del edificio no había luz, solo de obra y en muy pocos sitios)

Mi inspector me había dicho que nunca subiera a las plantas de arriba, pasase lo que pasase, que ante cualquier incidencia o sospecha importante saliera de allí y avisase a la policía.

Pero yo, haciendo honor a mi inconsciencia habitual de aquellos tiempos, subí a investigar los extraños sonidos.

La planta segunda estaba más oscura de lo que había imaginado, y yo iba andando por un largo pasillo, despacio, con la linterna en la mano izquierda y el revolver - un *Astra 680* del calibre 38 - en la derecha.

Oí golpes cada vez más cercanos que se mezclaban con crujidos (seguramente producidos por el fuerte viento contra la madera vieja) y confieso que fue la primera vez que sentí miedo, y me pregunté que qué coño estaba haciendo ahí arriba.

De repente, al llevar el haz de luz circular de la linterna hacia el hueco de lo que parecía un gran armario empotrado en la pared, ¡vi a una persona frente a mí!,

a menos de dos metros, casi a oscuras, no le distinguía la cara, pero era de mi misma altura.

Una potente fuente de luz que provenía de su silueta me deslumbró por un momento...

Fue durante un escaso par de segundos en el que, al mismo tiempo, se me contrajo de golpe algo a la altura de los testículos, se me puso la carne de gallina, y estuve a punto de apretar el gatillo;

hasta que me di cuenta que esa persona era yo mismo... que era mi propio reflejo en un puto espejo en medio de la oscuridad.

Con el corazón a mil volví a bajar a la planta baja, tardé al menos diez minutos hasta que los latidos de mi pecho volvieron a la normalidad.

Unos meses después el jefe nos dijo que la empresa iba a cerrar; yo en el fondo me sentí feliz ante la expectativa de dejar de trabajar en ella. Esa vida no era para mí, sobre todo por los problemas - a veces bastante serios - que traía trabajar en el mundillo del ocio nocturno.

El último día que fui a trabajar a la embajada no se me olvidará jamás, y aún hoy me avergüenza, y sobre todo se me sigue poniendo la carne de gallina al recordarlo.

Era de día, me quedaba menos de una hora para terminar mi jornada - y además definitivamente mi trabajo allí - . Estábamos sentados alrededor de una mesa rectangular de unos 2 metros de largo el jefe de obra - un tipo joven de unos 30 años- tres albañiles más y yo.

No recuerdo cómo salió el tema, pero estábamos hablando sobre armas de fuego, y alguien preguntó algo sobre mi revolver.

Y en ese momento hice varias cosas que jamás se deben hacer: la primera es sacar el arma de la funda delante de personas ajenas a la profesión y sin un motivo de necesidad, la segunda -aún peor- manejarla delante de nadie, y la tercera, hacer retroceder el percutor (o martillo) sin asegurarme fehacientemente que no quedaba ninguna bala en el tambor (o cilindro), y aunque lo había hecho muchas veces a solas sin ningún problema nunca , al hacer girar el tambor (sujetando y bajando con el pulgar el percutor al mismo tiempo que muy suavemente con el dedo índice movía el gatillo), sorprendentemente se me escapó el percutor del dedo y el arma se disparó.

Recuerdo que los cinco no quedamos mudos. En un instante hice un rápido barrido con la mirada y vi que todos estaban bien, ciertamente pálidos pero bien.

Momentos después descubrí el agujero que había producido el proyectil, en la pared, a unos doce centímetros a la izquierda del jefe de obra.

Ese día salí por última vez de aquella antigua embajada; ya en el gran portón a la calle me giré hacia atrás y contemplé el edificio y el gran patio central por última vez, aún asustado y agradeciendo a los espíritus del lugar o a quien fuera que la bala solo hubiera agujereado la pared.

Supongo que el joven jefe de obra, él con más miedo aún y sin ninguna culpa, pensaría algo parecido.

Hoy en día sé que difícilmente hubiera superado un desenlace dramático de aquel hecho y de aquel día (y no me refiero a los aspectos jurídicos y penales).

Y bueno, amigos, a partir de entonces, creo que sobra decirlo, aprendí a no hacer nunca más el gilipollas con las armas de fuego, y cuando me preguntan si creo en fantasmas o espíritus suspiro ... y callo. **********